

**Resumen del curso de  
'Antropología crítica' del  
Profesor Antonio Oliver**

## Sobre el autor

Antonio Oliver Monserrat nació el 29 de mayo de 1926 en Vilafranca de Bonany (Mallorca), una tierra que siempre permaneció unida a su identidad. Falleció el 9 de enero de 1994 a causa de un paro cardíaco, dejando un legado intelectual y espiritual que continúa inspirando a miles de personas.

Sacerdote teatino, historiador, filósofo, humanista y extraordinario comunicador, Antonio Oliver fue una de las figuras más brillantes del pensamiento español de la segunda mitad del siglo XX. Ingresó muy joven en la Orden de Clérigos Regulares (Teatinos), donde profesó sus votos religiosos en 1943 y fue ordenado sacerdote en Roma el 4 de marzo de 1950.

Su insaciable vocación por el conocimiento le llevó a desarrollar una sólida formación académica internacional. Se licenció en 1952 en Historia de la Iglesia en la Universidad Gregoriana de Roma obteniendo el doctorado dos años más tarde. Diplomado en Biblioteconomía y Archivística por la Escuela Vaticana, amplió estudios en el Instituto Católico de París y en la Universidad de Friburgo. Durante cinco años fue alumno del filósofo Martin Heidegger, una experiencia que marcaría profundamente su forma de comprender al ser humano, la cultura y la trascendencia.

Especialista de referencia en la figura de Ramón Llull, fue profesor de la Maioricensis Schola Lullística, colaboró en la edición crítica de las obras latinas del pensador mallorquín en la Universidad de Friburgo y formó parte del Consejo Rector del Estudio General Luliano de Palma. Su actividad docente se extendió también a la Universidad Autónoma de Madrid donde impartió el curso de Humanidades Contemporáneas y a la Universidad Pontificia de Comillas, donde impartió Historia del Pensamiento.

Sin embargo, quienes lo conocieron coinciden en que su mayor talento no residía únicamente en su extraordinaria erudición, sino en su capacidad para hacer accesibles las grandes preguntas de la existencia. Orador excepcional, poseía un don poco común para comunicar ideas complejas con claridad, profundidad y belleza. A partir de 1981 impartió numerosos cursos y seminarios sobre humanidades, antropología, mitología y pensamiento, convirtiéndose en un maestro admirado por generaciones de alumnos.

Sus conferencias trascendían el ámbito académico y trataban en profundidad al hombre y a Dios, focalizándose en el sentido de la vida, del mito, de la libertad y de la condición humana. Quienes asistían a sus clases recuerdan auditorios siempre llenos y un silencio absoluto ante una palabra capaz de despertar asombro, reflexión y esperanza. Décadas después de su

fallecimiento, muchas de aquellas enseñanzas siguen escuchándose y continúan encontrando nuevos oyentes, prueba de la vigencia de un pensamiento que nunca perdió actualidad.

A lo largo de su vida desempeñó importantes responsabilidades dentro de la Orden Teatina, entre ellas las de Prefecto de Estudiantes, Superior del Seminario Teatino de Son Espanyolet, Director del Colegio de San Cayetano y Vicario Provincial, combinando siempre el servicio pastoral con una intensa actividad intelectual.

Fue también una referencia imprescindible para los estudios sobre Ramón Llull, la historia de la Iglesia y el pensamiento medieval, con numerosas publicaciones que siguen siendo objeto de consulta por investigadores y especialistas.

Como reconocimiento a una trayectoria dedicada al conocimiento, la enseñanza y el servicio, fue nombrado Hijo Ilustre de Vilafranca de Bonany tras su fallecimiento. Hoy una calle de Palma de Mallorca lleva su nombre, recordando a quien hizo del pensamiento una forma de iluminar la vida de los demás.

Antonio Oliver Monserrat fue siempre reconocido por sus alumnos como un maestro sabio y humilde cuya influencia no termina con su tiempo. Su voz continúa resonando porque supo responder, con inteligencia, sensibilidad y una profunda humanidad, a las preguntas que siguen acompañando al ser humano generación tras generación.

La Antropología crítica parte de las grandes preguntas —«¿quién soy?» y «¿para qué estoy aquí?»— y recorre distintas respuestas que el pensamiento contemporáneo ha dado sobre el ser humano. Oliver confronta al hombre con Feuerbach, Marx, Nietzsche, Heidegger, Sartre, Ortega, Jaspers, Marcuse, Fromm o Gabriel Marcel, entre otros, no para aceptar una única teoría, sino para descubrir qué revela cada una sobre nuestra condición. Aparecen así la religión y la alienación, el deseo de superación, la angustia, las circunstancias, el inconsciente, el materialismo, el consumo o el miedo a la libertad. Por debajo de todas estas miradas emerge una misma cuestión: el hombre no está terminado y no puede delegar en nadie la responsabilidad de construir su propia existencia. La libertad es precisamente la posibilidad —y también el riesgo— de responder personalmente a aquello que la vida pone delante.

El recorrido conduce finalmente a una visión del hombre como peregrino, un ser que no está hecho para instalarse en certezas definitivas, sino para permanecer en camino. El progreso material, la seguridad, las ideologías o las posesiones pueden convertirse en refugios que terminan reduciendo al ser humano si sustituyen el crecimiento interior: el tener solo tiene sentido cuando está al servicio del ser. La verdadera madurez exige aceptar la incertidumbre de la libertad, seguir preguntándose, crecer y abrirse continuamente a algo mayor. Así, frente a las visiones que reducen al hombre al absurdo, al consumo, a sus condicionamientos o a sus miedos, el curso acaba recuperando una imagen profundamente dinámica: ser hombre significa caminar, transformarse y no considerar nunca concluida la búsqueda de uno mismo y del sentido de la existencia.

## Índice

|                                      |    |
|--------------------------------------|----|
| Introducción                         | 6  |
| El hombre y su religión              | 9  |
| El hombre y su alienación            | 12 |
| Más allá del bien y del mal          | 15 |
| Evolución, proceso y azar            | 19 |
| El hombre tarea de sí mismo          | 23 |
| El hombre una pasión inútil          | 28 |
| El hombre y sus circunstancias       | 32 |
| El hombre y la existencia angustiada | 38 |
| El hombre y su subsuelo              | 43 |
| El hombre útil y la escuela inglesa  | 49 |
| El hombre unidimensional             | 55 |
| El hombre y el miedo a la libertad   | 61 |
| El hombre peregrino incansable       | 68 |

## Sobre este resumen

Este documento trata de resumir el *curso de antropología crítica* que el P. Antonio Oliver impartió en Madrid en 1988.

El curso tiene una duración de más de 30 horas que han sido transcritas y luego resumidas para poder condensar en un discreto resumen las principales ideas que el autor trata de transmitir.

La fuerza de la palabra de Oliver es imposible de plasmar en un documento resumido, sin embargo es posiblemente una buena puerta de entrada para que si el lector encuentra resonancia en sus ideas pueda dirigirse a los audios completos que se encuentran disponibles de manera gratuita.

## Introducción

La antropología crítica propone estudiar al hombre prescindiendo de cualquier punto de partida ideológico, religioso o político. Su propósito es comprender qué significa ser humano analizando las grandes preguntas que han acompañado al hombre a lo largo de la historia, especialmente en aquellos momentos de crisis en los que la existencia se pone verdaderamente a prueba. Precisamente por eso se centra en autores que reflexionan desde el conflicto, pues consideran que las situaciones límite revelan aspectos del ser humano que permanecen ocultos en épocas de tranquilidad. La crisis no aparece como un accidente de la historia, sino como un lugar privilegiado para descubrir la verdad sobre el hombre.

El punto de partida consiste en reconocer que el hombre es el único ser capaz de preguntarse por sí mismo. Mientras los demás seres simplemente existen, el ser humano posee conciencia de su propia existencia y puede detenerse a preguntarse quién es y cuál es el sentido de su vida. Toda auténtica antropología nace de estas preguntas fundamentales: «¿Quién soy?» y «¿Para qué estoy aquí?». La segunda depende inevitablemente de la primera, porque el sentido de la existencia sólo puede comprenderse cuando se descubre la identidad de quien vive esa existencia.

Lejos de considerar estas preguntas como un problema que debe resolverse definitivamente, se entiende que constituyen la esencia misma de lo humano. El hombre no se caracteriza por poseer respuestas absolutas, sino por mantener viva la capacidad de interrogarse. Cuanto más profundamente vive una persona, más preguntas surgen en ella. Por el contrario, cuando desaparece la inquietud y dejan de plantearse interrogantes, comienza también a empobrecerse la humanidad de esa persona.

Las respuestas nunca son definitivas. Toda respuesta auténtica abre necesariamente nuevas preguntas. El conocimiento humano avanza precisamente de ese modo: cada explicación permite descubrir nuevos aspectos de la realidad que todavía permanecen sin resolver. Por ello, una respuesta que pretendiera cerrar completamente una cuestión acabaría anulando el dinamismo propio del pensamiento humano.

La situación vital condiciona profundamente la manera de formular estas preguntas. No se interroga igual quien vive en una situación de estabilidad que quien lucha por sobrevivir. En épocas de bienestar las preguntas suelen adquirir un tono más sereno y reflexivo, mientras que

en situaciones de guerra, pobreza o sufrimiento se vuelven urgentes y dramáticas. La necesidad convierte las cuestiones filosóficas en problemas existenciales que exigen una respuesta inmediata.

Por este motivo, la antropología crítica presta especial atención a los momentos históricos en los que el hombre atraviesa conflictos profundos. Son precisamente esas circunstancias las que obligan a replantearse el sentido de la existencia con mayor intensidad. Las respuestas que nacen del sufrimiento suelen revelar dimensiones del ser humano que permanecen ocultas cuando la vida transcurre sin sobresaltos.

Toda respuesta humana está además condicionada por el contexto cultural en el que surge. La cultura, la geografía, el clima, la tradición histórica o la religión forman parte del horizonte desde el cual cada persona interpreta la realidad. Ningún hombre piensa desde una posición completamente neutra. Cada época formula sus preguntas y construye sus respuestas desde unas circunstancias concretas que influyen profundamente en su modo de comprender el mundo.

La geografía y el entorno natural no constituyen un simple escenario donde vive el hombre, sino que participan activamente en su formación. El ambiente influye sobre la sensibilidad, la manera de pensar y la forma de afrontar la existencia. La ecología, entendida en un sentido amplio, no afecta únicamente al equilibrio de la naturaleza, sino también al desarrollo de la propia condición humana. Cuando el entorno se degrada, también se empobrece la manera de vivir y de pensar.

Desde esta perspectiva, destruir la naturaleza significa también deteriorar al hombre. El aire que respira, el paisaje que contempla y el mundo en el que desarrolla su vida forman parte de su propia identidad. El ser humano no puede separarse completamente del ambiente que habita, porque ambos evolucionan conjuntamente.

El progreso material tampoco garantiza un auténtico desarrollo humano. A medida que las necesidades básicas van siendo satisfechas, existe el riesgo de que desaparezca la inquietud interior. Una sociedad que consigue responder inmediatamente a todos los deseos puede terminar produciendo individuos incapaces de hacerse preguntas profundas. La satisfacción absoluta no genera necesariamente felicidad, sino que puede conducir a una forma de estancamiento interior.

El hombre necesita vivir en tensión entre lo que posee y lo que todavía desea alcanzar. Si únicamente experimenta carencias, su vida se convierte en una lucha desesperada por sobrevivir. Pero si alcanza una satisfacción completa y deja de aspirar a algo más, también pierde

una dimensión esencial de su humanidad. El crecimiento personal nace precisamente del equilibrio entre el deseo y su realización.

Por eso la cultura auténtica nunca elimina las preguntas. Su misión consiste en ofrecer respuestas que impulsen al hombre a seguir buscando. Cada descubrimiento debería ampliar el horizonte y despertar nuevas inquietudes. Una cultura que proporciona soluciones cerradas acaba empobreciendo la inteligencia y reduciendo la capacidad de seguir creciendo.

Responder a la pregunta «¿quién soy?» resulta especialmente complejo porque quien formula la pregunta es al mismo tiempo quien debe responderla. El hombre es simultáneamente sujeto y objeto de su propia investigación. Sin embargo, ninguna persona puede conocerse completamente mientras continúa viviendo, porque todavía está construyéndose. La existencia permanece siempre abierta.

La identidad humana no constituye una realidad terminada desde el nacimiento. Cada decisión, cada experiencia y cada etapa de la vida modifican de algún modo a la persona. Por eso una respuesta válida a los veinte años no puede ser exactamente la misma a los cincuenta o a los ochenta. El hombre cambia constantemente y su comprensión de sí mismo también evoluciona.

La historia personal forma parte inseparable del propio ser. No puede conocerse verdaderamente a una persona aislando un instante concreto de su existencia. Es necesario contemplar el conjunto de su vida para comprender quién ha llegado realmente a ser. Mientras el hombre vive, permanece inacabado; su identidad continúa escribiéndose día tras día.

La búsqueda del hombre, por tanto, nunca concluye del todo. La antropología no ofrece una definición cerrada de la condición humana, sino un camino de comprensión progresiva. Cada generación añade nuevas respuestas, pero también descubre nuevas preguntas. El conocimiento del hombre avanza al mismo ritmo que avanza la propia humanidad.

La verdadera riqueza de esta búsqueda no reside en alcanzar una explicación definitiva, sino en mantener vivo el deseo de comprender. Preguntar forma parte de la esencia del hombre. Mientras conserve esa capacidad de interrogarse sobre sí mismo, sobre el mundo y sobre el sentido de su existencia, continuará creciendo y construyendo su propia humanidad.

## El hombre y su religión

La reflexión de Ludwig Feuerbach parte de una inversión radical del pensamiento tradicional. Frente a la idea de que Dios crea al hombre, sostiene exactamente lo contrario: es el hombre quien crea a Dios. Toda su crítica de la religión se apoya sobre esta afirmación, que pretende explicar el origen del fenómeno religioso no desde la existencia de un ser divino, sino desde la propia condición humana. Su objetivo no consiste únicamente en negar a Dios, sino en descubrir qué necesidades, deseos y limitaciones del hombre hacen posible que aparezca la idea de Dios.

Para Feuerbach, la religión constituye la primera forma de conciencia del hombre. Antes incluso de desarrollar un pensamiento filosófico, el ser humano ya posee una experiencia religiosa. La religión aparece antes que la filosofía tanto en la historia de la humanidad como en la vida de cada individuo. Primero se cree y sólo después se piensa. Por eso considera que la religión pertenece a la infancia de la humanidad y también a la infancia de cada persona.

Esta prioridad de la religión no representa para él una grandeza, sino precisamente un signo de inmadurez. La religión sería la primera explicación que el hombre ofrece de sí mismo cuando todavía no ha desarrollado plenamente su capacidad racional. A medida que el pensamiento filosófico madura, la religión debería ir perdiendo progresivamente su función. Cuanto mayor sea el desarrollo intelectual del hombre, menos necesitará recurrir a Dios para explicar la realidad.

Sin embargo, esta crítica no nace del desprecio hacia el hombre, sino precisamente de una profunda preocupación por él. Feuerbach considera que el hombre ha proyectado fuera de sí todas aquellas cualidades que desearía poseer plenamente. Cuando descubre sus limitaciones, imagina un ser que no las tiene. De ese modo nace Dios.

El hombre se sabe mortal y proyecta un ser inmortal. Experimenta su debilidad y proyecta un ser omnipotente. Comprueba que su conocimiento es limitado y proyecta un ser omnisciente. Descubre que su amor es imperfecto y proyecta un amor infinito. Todas las perfecciones atribuidas a Dios no serían otra cosa que cualidades humanas liberadas de sus límites.

Dios aparece así como la imagen idealizada del propio hombre. No es una realidad distinta del ser humano, sino el reflejo de aquello que el hombre quisiera llegar a ser. La religión consiste, por tanto, en contemplar fuera de sí lo que en realidad pertenece al interior del propio hombre.

Según esta interpretación, el hombre termina empobreciéndose a sí mismo. Todo aquello que atribuye a Dios deja de reconocerlo como propio. Cuanto más grande hace a Dios, más pequeño se siente él mismo. Se produce entonces una especie de desplazamiento de la propia riqueza humana hacia un ser trascendente.

Por eso Feuerbach sostiene que toda teología es, en realidad, antropología. Cuando el hombre habla de Dios, está hablando de sí mismo, aunque no sea consciente de ello. Las cualidades divinas son, en el fondo, cualidades humanas proyectadas al infinito. La teología no estudia un ser distinto del hombre, sino al propio hombre contemplado bajo una forma idealizada.

La religión se convierte así en un espejo. El creyente cree mirar hacia Dios, pero en realidad está contemplando una imagen magnificada de su propia naturaleza. Todo discurso sobre Dios es, sin saberlo, un discurso sobre el hombre.

Desde esta perspectiva, conocer verdaderamente al hombre equivale a comprender el origen de la religión. Cuanto más profundamente se estudia la condición humana, menos necesario resulta recurrir a una explicación teológica. La antropología sustituye progresivamente a la teología porque descubre el mecanismo mediante el cual el hombre ha creado la idea de Dios.

Esta interpretación conduce inevitablemente a una crítica de la alienación religiosa. El hombre entrega a Dios aquello que le pertenece y termina sintiéndose pobre precisamente porque ha depositado fuera de sí sus mejores cualidades. La religión no lo engrandece, sino que lo vacía de sí mismo.

Feuerbach considera que toda promoción auténtica del hombre implica recuperar aquello que antes había sido atribuido a Dios. Cuanto más crece el hombre, menos necesita a Dios. El progreso de la humanidad consiste precisamente en asumir como propias aquellas capacidades que durante siglos fueron consideradas exclusivamente divinas.

De ahí nace una de sus afirmaciones más conocidas: lo que se concede a Dios se le quita al hombre, y lo que se devuelve al hombre se le quita a Dios. Ambos crecen o disminuyen de forma inversamente proporcional. Si el hombre atribuye toda bondad, toda verdad y toda fuerza a Dios, él mismo queda reducido a la impotencia. Si reconoce esas capacidades como propias, la necesidad de Dios desaparece progresivamente.

La historia de la humanidad sería, desde esta perspectiva, la historia de una emancipación. En sus comienzos, el hombre explicaba todo recurriendo a lo divino porque desconocía las causas naturales de los fenómenos. A medida que aumenta el conocimiento científico y filosófico, el

espacio ocupado por Dios disminuye. El desarrollo humano sustituye progresivamente las explicaciones religiosas por explicaciones racionales.

Esta evolución no debe interpretarse como una pérdida, sino como una liberación. El hombre deja de depender de un ser exterior para asumir plenamente la responsabilidad de su propia existencia. La madurez consiste precisamente en dejar de proyectar fuera de sí aquello que puede realizar por sus propias fuerzas.

Sin embargo, la crítica de Feuerbach no se dirige únicamente contra la idea de Dios, sino también contra determinadas formas de vivir la religión. Muchas veces el creyente utiliza la fe para evitar enfrentarse a sus propias responsabilidades. Espera de Dios aquello que él mismo debería realizar. La religión puede convertirse entonces en una forma de renuncia a la propia libertad y al propio crecimiento.

Desde esta perspectiva, la verdadera tarea consiste en recuperar para el hombre todo aquello que le pertenece. La religión sólo tendría sentido mientras el hombre permanezca alienado respecto de sí mismo. Cuando llegue a conocerse plenamente y a desarrollar todas sus posibilidades, la religión dejará de ser necesaria.

Paradójicamente, muchas de las intuiciones de Feuerbach ponen de manifiesto la enorme importancia del hombre. Toda su crítica de la religión nace precisamente de una extraordinaria valoración de la dignidad humana. Considera que el hombre posee una grandeza tan profunda que no necesita proyectarla sobre un ser distinto de sí mismo.

La cuestión decisiva ya no consiste en preguntarse quién es Dios, sino quién es verdaderamente el hombre. Toda reflexión religiosa termina convirtiéndose, en el fondo, en una reflexión sobre la condición humana. Conocer al hombre significa comprender el origen de sus creencias, de sus esperanzas y de sus deseos más profundos.

Por eso la crítica de Feuerbach no pretende únicamente destruir la religión. Su propósito fundamental es obligar al hombre a volver sobre sí mismo, recuperar la conciencia de su propia dignidad y asumir plenamente la responsabilidad de construir su existencia sin proyectar fuera de sí aquello que constituye la riqueza más profunda de su propia humanidad.

## El hombre y su alienación

Este capítulo desarrolla el concepto de **\*\*alienación\*\***, una de las ideas centrales del pensamiento de Karl Marx. El punto de partida es que el hombre no es plenamente libre porque vive alejado de sí mismo. Alienarse significa precisamente eso: salir de uno mismo, dejar de ser el verdadero protagonista de la propia existencia y entregar a otros aquello que constituye la propia responsabilidad. La gran tarea del ser humano consiste en construirse a sí mismo, pero con frecuencia renuncia a ella y busca fuera de sí aquello que debería encontrar en su propio desarrollo.

Marx considera que el primer y más profundo agente de esa alienación es la religión. En este punto continúa y desarrolla las intuiciones de Feuerbach. No es Dios quien crea la religión, sino el hombre quien la inventa. Sin embargo, añade un matiz importante: no cualquier hombre crea la religión, sino aquel que todavía no ha llegado a realizarse plenamente o que ya ha perdido su propia identidad. La religión nace cuando el ser humano toma conciencia de sus limitaciones, de su fracaso o de su incapacidad para construirse, y proyecta fuera de sí la solución de aquello que no es capaz de resolver personalmente.

Por ello define la religión como la autoconciencia y el autosenntimiento del hombre que aún no se ha conquistado a sí mismo o que ya se ha perdido. La religión no constituye una realidad independiente, sino una manifestación del estado interior del propio hombre. Allí donde el hombre es fuerte, autónomo y plenamente consciente de sí, la religión pierde su función; allí donde el hombre es débil, inseguro o dependiente, la religión aparece como refugio.

La alienación consiste precisamente en abandonar la tarea de la propia construcción. En lugar de asumir la responsabilidad de convertirse en aquello que puede llegar a ser, el hombre delega esa misión en una realidad exterior. Deja que otros piensen por él, decidan por él o den sentido a su existencia. Así, la religión sustituye el esfuerzo personal por una dependencia que impide el auténtico crecimiento humano.

Marx sostiene que la crítica de toda crítica debe comenzar por la crítica de la religión. Mientras el hombre siga refugiándose en ella, nunca llegará a descubrir su verdadera capacidad creadora. La religión no libera al hombre, sino que lo mantiene en una situación de dependencia permanente. Cuanto más espera de Dios, menos espera de sí mismo; cuanto más atribuye a un

ser trascendente la solución de sus problemas, menos se compromete con su propia transformación.

Esta crítica no pretende simplemente negar la religión, sino mostrar el mecanismo psicológico y social que la hace posible. El hombre inventa la religión porque siente un vacío interior. Allí donde no encuentra respuestas en sí mismo, construye un sistema de creencias que le proporciona seguridad. La religión aparece entonces como una compensación de aquello que falta en la propia existencia.

Marx afirma también que la religión ofrece una visión invertida del mundo. Según la tradición religiosa, Dios ocupa el lugar supremo y el hombre debe orientarse hacia Él. Para Marx sucede exactamente lo contrario: el hombre es el centro de la realidad y Dios no es más que una creación derivada de sus propias necesidades. La religión invierte el orden verdadero al colocar fuera del hombre aquello que pertenece a su propia naturaleza.

Esta inversión afecta también a la relación entre la tierra y el cielo. La religión sitúa la plenitud en una vida futura, mientras que la existencia presente aparece como un simple camino hacia ella. Marx rechaza esta perspectiva porque considera que desvía al hombre de la tarea fundamental de transformar el mundo en el que vive. La esperanza en un cielo futuro puede convertirse en una justificación para aceptar las injusticias presentes sin intentar cambiarlas.

Por eso sostiene que la religión es una expresión de la miseria humana. No porque produzca directamente esa miseria, sino porque nace precisamente allí donde el hombre experimenta su sufrimiento, su impotencia y sus limitaciones. La religión expresa el dolor real de la existencia y, al mismo tiempo, constituye una protesta contra ese dolor. Sin embargo, esa protesta no elimina la miseria, sino que simplemente la consuela.

La célebre expresión según la cual la religión es "el opio del pueblo" debe entenderse en este contexto. El opio alivia el dolor sin curar la enfermedad. Del mismo modo, la religión ofrece consuelo, esperanza y sentido, pero no elimina las causas reales del sufrimiento humano. En lugar de impulsar al hombre a transformar la realidad, puede llevarle a soportarla resignadamente esperando una compensación futura.

La alienación no termina, sin embargo, en la religión. Marx observa que el hombre sustituye continuamente un objeto de dependencia por otro. Cuando disminuye la influencia religiosa, otras instituciones ocupan su lugar. La filosofía, la ciencia, el Estado o cualquier estructura social pueden convertirse también en nuevas formas de alienación si el hombre deposita en ellas aquello que debería realizar por sí mismo.

De este modo, la crítica se amplía progresivamente. El problema no consiste únicamente en la religión, sino en cualquier realidad que sustituya la responsabilidad personal. Siempre que el hombre delega su propia construcción en una institución, una ideología o una autoridad externa, vuelve a producirse la alienación.

La verdadera emancipación consiste en recuperar la conciencia de que la tarea suprema del hombre es el propio hombre. Ninguna institución puede realizar esa labor en su lugar. Ni la religión, ni el Estado, ni la filosofía pueden sustituir el esfuerzo personal de convertirse en aquello que uno está llamado a ser.

Por eso Marx concluye que toda crítica de la religión desemboca necesariamente en una afirmación del hombre. El ser humano debe convertirse en el centro de su propia existencia y asumir plenamente la responsabilidad de su libertad. Sólo cuando deja de buscar fuera de sí aquello que únicamente puede construir desde dentro desaparecen las distintas formas de alienación.

La consecuencia práctica de esta filosofía es una exigencia permanente de emancipación. Toda relación social, política o religiosa que humille al hombre, reduzca su libertad o le impida desarrollarse debe ser transformada. La finalidad última no es destruir la religión por sí misma, sino liberar al hombre de todo aquello que le impide realizar plenamente su propia humanidad.

En definitiva, la alienación describe la situación de un ser humano que vive alejado de sí mismo y que entrega a otros la tarea de construir su existencia. Frente a ello, Marx propone una recuperación radical de la autonomía personal. El hombre sólo alcanzará su verdadera dignidad cuando deje de buscar fuera de sí aquello que constituye precisamente la misión esencial de toda su vida: llegar a ser plenamente hombre.

## Más allá del bien y del mal

La filosofía de Friedrich Nietzsche constituye una de las críticas más radicales a la concepción tradicional del hombre. Su pensamiento parte del convencimiento de que la cultura occidental ha debilitado la vida al imponer valores que frenan el desarrollo de la fuerza creadora del ser humano. Frente a una moral basada en la obediencia, la resignación y la renuncia, Nietzsche propone una afirmación apasionada de la vida. Su objetivo no es construir un sistema filosófico cerrado, sino despertar al hombre para que descubra toda la energía que lleva dentro y se atreva a convertirse en aquello que todavía no es.

El punto de partida de su antropología es el vitalismo. La vida constituye la realidad fundamental y se manifiesta como una fuerza inmensa que atraviesa toda la naturaleza. Esa fuerza impulsa continuamente a crecer, desarrollarse y superar los propios límites. No es una realidad racional ni puede ser completamente controlada; es un impulso elemental que anima tanto a los seres vivos como al propio hombre. El ser humano participa de ese dinamismo universal y sólo puede comprenderse si reconoce que en su interior actúan energías profundas que desbordan la razón.

Para expresar esta tensión interior, Nietzsche recurre a dos figuras de la cultura griega: Dioniso y Apolo. Dioniso representa la fuerza de la vida, el impulso creador, la pasión, la espontaneidad y todo aquello que brota desde las profundidades del ser. Apolo simboliza el orden, la belleza, la medida y el dominio de uno mismo. El hombre auténtico vive entre ambas dimensiones. No puede reducirse únicamente al desorden de los instintos, pero tampoco puede convertirse en un ser completamente frío y racional. Toda existencia humana consiste en mantener viva esa tensión entre el impulso vital y la capacidad de darle forma.

Desde esta perspectiva, la vida aparece como un proceso permanente de superación. El hombre nunca constituye una realidad acabada. Es un ser que se encuentra en camino, una transición entre lo que ha sido y aquello que está llamado a llegar a ser. Nietzsche utiliza la imagen del puente para expresar esta idea: el hombre no es una meta definitiva, sino un paso hacia una forma superior de humanidad. Su grandeza no reside en permanecer donde está, sino en superarse continuamente.

Por eso introduce la figura del superhombre. El superhombre no es un individuo perteneciente a una raza distinta ni un personaje fantástico, sino el símbolo del hombre que ha desarrollado plenamente todas sus posibilidades. Representa a quien se atreve a crear sus propios valores,

asumir la responsabilidad de su vida y vivir sin depender de seguridades impuestas desde el exterior. Toda la existencia humana debería orientarse hacia esa continua superación de sí misma.

La evolución de la humanidad puede entenderse entonces como un movimiento constante. Del mismo modo que el hombre procede del mundo animal, también está llamado a ir más allá de la situación en la que actualmente se encuentra. Cada generación debería contribuir a hacer posible una humanidad más alta. Permanecer inmóvil significa traicionar la propia vocación. La vida auténtica exige avanzar siempre, aun cuando ese camino resulte incierto y esté lleno de riesgos.

En esta visión desempeña un papel fundamental la voluntad de poder. Para Nietzsche la vida es, en su raíz más profunda, voluntad de poder. No se refiere únicamente al deseo de dominar políticamente o imponerse a los demás, sino al impulso interior que lleva a todo ser vivo a crecer, afirmarse y desplegar todas sus capacidades. Cuanta más vida posee una persona, mayor es su capacidad para crear, transformar y abrir caminos nuevos.

La moral tradicional aparece entonces sometida a una profunda revisión. Nietzsche sostiene que los valores morales no existen como realidades objetivas independientes del hombre. Son creaciones humanas. Lo bueno y lo malo no se encuentran escritos en la naturaleza de las cosas, sino que nacen de una determinada manera de comprender la vida. Por ello resulta necesario preguntarse qué tipo de hombre ha dado origen a cada sistema moral.

A partir de esta reflexión distingue dos formas fundamentales de moral: la moral de los señores y la moral de los esclavos. La moral de los señores nace de hombres fuertes, creativos y seguros de sí mismos. Es una moral afirmativa que considera bueno todo aquello que favorece el crecimiento, la fuerza, la nobleza y la capacidad creadora. El hombre noble no necesita justificar continuamente sus acciones, porque vive desde una profunda confianza en sí mismo y en la riqueza de la vida.

La moral de los esclavos surge, por el contrario, de quienes experimentan la vida desde la debilidad y el resentimiento. Incapaces de alcanzar la fuerza de los hombres superiores, transforman esa impotencia en un sistema moral que exalta la humildad, la obediencia, la resignación y la igualdad. De este modo convierten en virtudes aquello que, según Nietzsche, no son más que manifestaciones de la incapacidad para vivir plenamente.

Esta crítica alcanza también al cristianismo. Nietzsche considera que la religión ha contribuido decisivamente a consolidar la moral de los esclavos al poner el acento en la compasión, el

sacrificio y la esperanza de una vida futura. A su juicio, muchas formas de religiosidad apartan al hombre de la tierra y de la vida concreta, orientándolo hacia un mundo trascendente que termina debilitando su capacidad para transformar la realidad presente.

En este contexto aparece una de sus afirmaciones más conocidas: «Dios ha muerto». Esta expresión no pretende describir un acontecimiento físico, sino señalar un cambio cultural. Los fundamentos religiosos sobre los que durante siglos se había apoyado la civilización occidental han perdido su fuerza. El hombre ya no puede apoyarse automáticamente en ellos y debe asumir la responsabilidad de construir por sí mismo el sentido de su existencia.

La muerte de Dios abre un tiempo nuevo. Si desaparecen los antiguos fundamentos morales, el hombre se enfrenta al riesgo del nihilismo, es decir, a la experiencia de que nada posee un valor definitivo. Pero Nietzsche no entiende este momento únicamente como una amenaza. También representa una oportunidad extraordinaria para crear nuevos valores y reconstruir la vida sobre bases distintas.

La tarea creadora corresponde precisamente al hombre fuerte. Frente a quienes esperan normas impuestas desde fuera, el superhombre acepta la responsabilidad de decidir por sí mismo. No recibe los valores ya hechos, sino que los crea mediante su propia vida. Su existencia se convierte así en una obra de arte donde cada decisión contribuye a modelar una personalidad única.

Esta concepción explica la importancia que Nietzsche concede a la libertad. La verdadera libertad no consiste simplemente en hacer lo que uno desea en cada momento, sino en ser capaz de asumir plenamente la responsabilidad de la propia existencia. Sólo quien se libera del miedo, del conformismo y de la dependencia respecto al juicio de los demás puede llegar a construir una vida verdaderamente creadora.

Todo este pensamiento gira en torno a una misma convicción: el hombre no debe resignarse jamás a ser únicamente lo que ya es. La vida constituye una llamada permanente a la superación. Cada persona lleva dentro posibilidades todavía no realizadas que esperan desarrollarse. Renunciar a ese crecimiento significa traicionar la propia naturaleza.

La antropología de Nietzsche no puede entenderse únicamente como una crítica destructiva. Junto a sus ataques contra la moral tradicional, la religión o las formas establecidas de autoridad aparece una constante invitación a vivir con intensidad, asumir la responsabilidad de la propia existencia y no conformarse con una vida mediocre. El hombre vale en la medida en que se convierte en creador de sí mismo.

Por eso el auténtico desafío consiste en mantenerse siempre en camino. El hombre no es una realidad acabada, sino una promesa. Su verdadera dignidad no reside en conservar lo recibido, sino en desarrollar todas las posibilidades que la vida ha depositado en él. Sólo quien acepta ese riesgo de crecer y transformarse puede aspirar a convertirse plenamente en aquello que está llamado a ser.

## Evolución, proceso y azar

La teoría de la evolución representa un cambio decisivo en la manera de comprender al hombre y al universo. Frente a las antropologías negativas estudiadas anteriormente, la evolución ofrece una visión profundamente dinámica de la realidad. El hombre deja de ser un ser aislado y aparece como el resultado de un larguísimo proceso de crecimiento que afecta a toda la creación. Comprender al hombre exige entonces comprender también la historia del universo, porque ambos forman parte de una misma aventura que comenzó mucho antes de la aparición de la humanidad.

Las críticas de Feuerbach, Marx y Nietzsche habían presentado una imagen pesimista del ser humano, reduciéndolo a sus límites materiales, sociales o psicológicos. Sin embargo, esas visiones pueden entenderse también como un contraste que ayuda a descubrir con mayor claridad una comprensión más positiva del hombre. El ser humano difícilmente se conforma con pensar que su existencia carece de sentido o que constituye únicamente un episodio pasajero dentro del universo. En el fondo permanece siempre el deseo de llegar a ser plenamente aquello para lo que ha sido creado.

Para comprender esta perspectiva resulta necesario distinguir entre lo que el hombre conoce y aquello que todavía desconoce. Existe una tendencia constante a identificar la realidad únicamente con aquello que puede verse o experimentarse directamente. Sin embargo, negar una realidad simplemente porque no se percibe constituye un grave error. Lo que permanece oculto puede seguir influyendo profundamente sobre aquello que sí conocemos. Del mismo modo que un peligro invisible continúa siendo peligroso aunque no se vea, también las dimensiones desconocidas de la realidad condicionan nuestra existencia.

Esta idea lleva a distinguir entre el ser en sentido absoluto y el ser humano concreto. El ser, entendido en toda su plenitud, no está limitado por el espacio ni por el tiempo. En cambio, el hombre vive necesariamente dentro de esas coordenadas. Su existencia transcurre en un lugar determinado y durante un tiempo concreto. El espacio y el tiempo no son simples circunstancias externas, sino los límites dentro de los cuales el hombre desarrolla su propia vida.

Sin embargo, la misión del hombre consiste precisamente en ir conquistando progresivamente el ser. Al comienzo de la existencia predomina la dimensión temporal: la vida aparece como una posibilidad todavía poco desarrollada. A medida que el hombre madura, crece también su

profundidad personal. Cada etapa de la vida debería significar una mayor realización del propio ser. La existencia no consiste únicamente en dejar pasar el tiempo, sino en transformarlo en crecimiento interior.

Desde esta perspectiva, vivir significa avanzar continuamente hacia una plenitud cada vez mayor. La vida humana no puede representarse como una línea horizontal en la que simplemente transcurren los años. Más bien constituye un movimiento ascendente. Cada experiencia auténtica permite conquistar una mayor profundidad del ser. El tiempo disminuye mientras aumenta la plenitud interior, hasta que finalmente la muerte no aparece como una destrucción, sino como el momento en que el hombre ha alcanzado plenamente aquello que estaba llamado a ser.

Esta visión ayuda a comprender el sentido de la evolución. La evolución no afecta únicamente a las especies animales, sino al conjunto de toda la realidad. Todo el universo participa de un proceso continuo de crecimiento y transformación. La materia no permanece inmóvil, sino que avanza constantemente hacia formas de existencia cada vez más complejas.

Las investigaciones de Charles Darwin mostraron cómo las especies vivas evolucionan a lo largo del tiempo. Sin embargo, Pierre Teilhard de Chardin amplió esa intuición hasta convertirla en una interpretación global del universo. La evolución deja de limitarse a la biología para convertirse en una ley que afecta a toda la creación.

El universo comienza con un punto inicial del que brota toda la realidad. Desde ese origen se despliega un larguísimo proceso de desarrollo. Primero aparece el mundo mineral; sobre él surge la vida vegetal; posteriormente el mundo animal y, finalmente, el hombre consciente. Cada una de estas etapas representa una auténtica novedad, pero ninguna elimina la anterior. Lo nuevo integra y supera aquello que ya existía.

El hombre no es una realidad separada del resto del universo. Lleva dentro de sí toda la historia anterior. Continúa siendo materia, continúa siendo vida vegetal y animal, pero incorpora además una dimensión nueva: la conciencia. Gracias a ella el universo adquiere por primera vez la capacidad de conocerse a sí mismo. Todo cuanto existía antes encuentra en el hombre la posibilidad de hacerse consciente.

La conciencia humana constituye, por tanto, un momento decisivo dentro de la evolución. Por primera vez la creación puede preguntarse por sí misma. El hombre contempla el universo, reflexiona sobre él e intenta comprender su origen y su destino. Toda la historia anterior

desemboca en esta capacidad de pensar. La materia, la vida vegetal y la vida animal parecen haber preparado lentamente la aparición de un ser capaz de conocer.

Sin embargo, la aparición del hombre no obliga necesariamente a pensar que la evolución haya terminado. Del mismo modo que el mundo mineral dio paso al vegetal y éste al animal, cabe preguntarse si el hombre constituye realmente el último peldaño o si representa simplemente una etapa más dentro de un proceso todavía abierto.

Esta pregunta ocupa un lugar central en la reflexión de Teilhard de Chardin. La evolución parece orientarse siempre hacia formas superiores de organización y de conciencia. Nada permite asegurar que el hombre actual constituya el punto final de ese proceso. Es posible que la humanidad continúe evolucionando hacia formas de existencia más profundas, del mismo modo que el animal evolucionó hasta dar lugar al hombre.

En este contexto aparece la idea del punto Omega. La evolución no sería un movimiento sin dirección, sino un proceso orientado hacia una plenitud todavía no alcanzada. Todo cuanto existe parece avanzar hacia una meta que supera la situación presente. El hombre no sería el final del camino, sino un momento privilegiado dentro de una evolución todavía abierta.

Frente a esta interpretación, Jacques Monod defendió una explicación distinta. Según él, la evolución no responde a ningún proyecto ni a ninguna finalidad. Todo cuanto ha sucedido es el resultado del azar combinado con las leyes de la naturaleza. La aparición de la vida y del hombre habría sido una inmensa casualidad entre millones de posibilidades distintas.

Sin embargo, el concepto de azar merece una reflexión más profunda. Muchas veces se llama azar simplemente a aquello cuya explicación todavía se desconoce. Un acontecimiento parece casual porque el hombre ignora el conjunto de causas que lo producen. Cuando todas esas variables pudieran conocerse, lo que parecía azar revelaría una profunda necesidad interna.

Por ello puede afirmarse que el azar y la necesidad no constituyen necesariamente dos principios opuestos. Con frecuencia expresan simplemente dos maneras distintas de contemplar una misma realidad. Desde la ignorancia parece existir azar; desde el conocimiento completo aparece una profunda coherencia interna que explica el desarrollo de los acontecimientos.

Aplicada a la evolución, esta idea permite interpretar el universo como un proceso dotado de sentido. Cada etapa prepara la siguiente. El mundo mineral hace posible la aparición de la vida; la vida vegetal prepara el desarrollo animal; el animal hace posible la conciencia humana. Todo

parece avanzar siguiendo una dirección que sólo puede comprenderse plenamente cuando se contempla el conjunto del proceso.

La propia historia del hombre confirma este dinamismo. Ninguna generación representa la culminación definitiva de la humanidad. Cada época supera parcialmente a la anterior y deja abiertas nuevas posibilidades para el futuro. El crecimiento científico, cultural y espiritual manifiesta que la condición humana permanece siempre inacabada. El hombre continúa siendo un proyecto en desarrollo.

La evolución, por tanto, no puede entenderse únicamente como un fenómeno biológico. Expresa también una vocación interior del hombre. La persona nunca queda plenamente satisfecha con aquello que ya ha alcanzado. Siempre desea crecer, comprender más profundamente la realidad y abrirse a nuevas posibilidades. El descontento constituye así una fuerza creadora que impulsa continuamente la historia.

Precisamente porque el hombre nunca se conforma con lo ya conseguido, permanece abierto al infinito. La aspiración a una plenitud que ninguna realidad limitada puede satisfacer constituye uno de los rasgos más profundos de la condición humana. El deseo de infinito revela que la meta del hombre no puede encontrarse únicamente dentro de los límites del mundo material.

Desde la perspectiva cristiana, esta apertura alcanza su máxima expresión en la encarnación. Al hacerse hombre, Dios manifiesta que la vocación última del ser humano consiste en participar de una realidad infinita. Lo finito queda abierto a lo infinito y descubre así el verdadero horizonte hacia el que tiende toda la evolución.

La historia del universo aparece entonces como una larga preparación para la aparición de una conciencia capaz de abrirse al infinito. El hombre recoge en sí toda la evolución anterior, pero al mismo tiempo señala hacia un futuro que todavía no ha alcanzado. Su grandeza consiste precisamente en no considerarse nunca terminado. Vive impulsado por un deseo permanente de crecer, de comprender y de realizar plenamente su propia vocación.

## El hombre tarea de sí mismo

La filosofía de Martin Heidegger representa uno de los intentos más profundos de comprender qué significa realmente ser hombre. Frente a la tradición filosófica anterior, que había situado el ser como punto de partida de toda reflexión, Heidegger invierte completamente la perspectiva. La filosofía clásica había afirmado que primero se es y después se existe. Para el existencialismo ocurre justamente lo contrario: primero se existe y sólo después se llega a ser. El hombre no nace plenamente realizado. Llega al mundo como una posibilidad abierta y toda su vida consiste en construir aquello que está llamado a ser. La existencia no es una consecuencia del ser, sino el camino a través del cual el ser humano alcanza progresivamente su verdadera identidad.

Esta inversión modifica toda la antropología. No es posible definir al hombre como una realidad acabada o como una esencia fija. Cada persona constituye un proyecto en construcción. El hombre no recibe terminada su propia humanidad, sino que debe conquistarla mediante las decisiones que toma a lo largo de la vida. Su existencia es una tarea permanente. Por eso Heidegger afirma que el hombre es, ante todo, tarea de sí mismo.

La filosofía tradicional había buscado conocer la esencia de las cosas, aquello que permanece oculto detrás de sus apariencias. Sin embargo, Heidegger considera que el ser, entendido en sentido absoluto, permanece fuera del alcance del conocimiento humano. El hombre sólo puede acceder al fenómeno, a la manera en que las cosas se manifiestan. No puede apresar el ser en sí mismo. Por eso rechaza una filosofía construida sobre esencias abstractas y propone una filosofía centrada en la existencia concreta.

El concepto fundamental de su pensamiento es el **\*\*Dasein\*\***, palabra alemana que significa literalmente «ser-ahí». El ser absoluto permanece inaccesible, pero cuando ese ser aparece limitado por el espacio y el tiempo se convierte en un ser situado, un ser concreto, un ser que existe aquí y ahora. Ese ser situado es precisamente el objeto de la filosofía. El hombre no puede pensar el ser absoluto, pero sí puede comprender su propia existencia como ser que vive dentro del tiempo y del mundo.

Dentro del Dasein distingue varios niveles. El primero corresponde a las cosas que simplemente están ahí. Una piedra, una planta o un animal ocupan un lugar en el mundo, pero no existen en sentido estricto. Están presentes, cumplen su función dentro de la naturaleza y evolucionan

siguiendo las leyes propias de su especie, pero no deciden lo que llegarán a ser. Carecen de un proyecto personal. Su desarrollo ocurre de manera espontánea.

El hombre constituye una realidad distinta. También está en el mundo, pero no simplemente como una cosa más. Existe porque vive orientado hacia una tarea que únicamente él puede realizar. Su vida no consiste en permanecer, sino en hacerse. El hombre es el único ser de la creación que tiene la responsabilidad de construirse a sí mismo. No basta con nacer para llegar a ser plenamente hombre. Es necesario conquistar la propia humanidad mediante las decisiones libres que se toman a lo largo de la existencia.

Existir significa precisamente eso: estar en el tiempo para llegar a ser. El tiempo deja de ser una simple sucesión de momentos y se convierte en el espacio donde la persona va realizando su propio proyecto. Cada instante ofrece una posibilidad nueva de crecimiento. El hombre no vive dentro del tiempo como un espectador pasivo, sino como alguien que utiliza el tiempo para modelar su propio ser.

Por esta razón el tiempo adquiere un valor extraordinario. Perder el tiempo no significa únicamente desaprovechar unas horas. Significa renunciar a una parte del propio ser. Cada momento desperdiciado representa una oportunidad perdida de crecer como persona. El tiempo forma parte inseparable de la construcción del hombre. Sin él no puede existir desarrollo humano. Del mismo modo que nadie puede convertirse en médico en unos pocos minutos aunque disponga de todos los libros y profesores del mundo, tampoco puede alcanzarse la madurez humana sin recorrer el camino que exige el tiempo.

El hombre aparece así como un proyecto abierto. No es únicamente lo que ya es, sino sobre todo aquello que todavía puede llegar a ser. Su identidad nunca queda completamente cerrada mientras vive. Siempre permanece abierta a nuevas posibilidades. La existencia consiste precisamente en mantener viva esa apertura.

Sin embargo, el hombre no se construye aislado. Vive siempre rodeado por un mundo que condiciona continuamente su desarrollo. Heidegger denomina a esta realidad el «mundo circundante». La persona no existe al margen de las circunstancias, sino inmersa en ellas. Todo cuanto la rodea forma parte de su propio proceso de crecimiento.

Esta idea fue expresada con especial claridad por José Ortega y Gasset cuando afirmó que «yo soy yo y mi circunstancia». La circunstancia no constituye un simple decorado donde transcurre la existencia. Forma parte de la propia identidad. El hombre sólo puede realizarse respondiendo a aquello que la vida va colocando continuamente delante de él.

Cada acontecimiento representa un desafío. Las personas con las que convivimos, la familia, el trabajo, la cultura, los problemas, las enfermedades, los éxitos y los fracasos forman parte de ese mundo que interpela constantemente al hombre. Ninguna circunstancia resulta indiferente. Todas exigen una respuesta. Y precisamente mediante esa respuesta el hombre va construyendo su personalidad.

El mundo nunca determina completamente al hombre. Lo desafía, pero no decide por él. Cada situación ofrece la posibilidad de crecer o de empobrecerse. Un mismo acontecimiento puede convertirse en ocasión de madurez o de fracaso según la respuesta que cada persona sea capaz de ofrecer.

Por eso la existencia no consiste simplemente en vivir acontecimientos, sino en interpretarlos correctamente. La realidad nunca actúa automáticamente sobre el hombre. Son las decisiones personales las que convierten cada experiencia en crecimiento o en pérdida. Incluso los hechos más dolorosos pueden transformarse en ocasiones privilegiadas de desarrollo humano.

Los fracasos ocupan un lugar especialmente importante dentro de esta visión. La vida rara vez sigue un camino recto. Muchas personas descubren su verdadera vocación precisamente después de atravesar etapas de error, sufrimiento o confusión. Un fracaso no constituye necesariamente una derrota definitiva. Puede convertirse en el momento que permita comprender con mayor profundidad el sentido de la propia existencia.

Heidegger rechaza así la idea de una vida perfectamente planificada y sin desviaciones. El crecimiento humano no sigue una línea recta. Muchas veces son precisamente las dificultades las que obligan al hombre a descubrir dimensiones de sí mismo que nunca habría conocido de otro modo. Lo importante no es evitar todo error, sino responder adecuadamente cuando esos errores aparecen.

Esto significa que incluso el tiempo aparentemente perdido puede recuperar su sentido. Una persona puede descubrir después de muchos años que ha desperdiciado parte de su vida. Sin embargo, esa misma conciencia puede convertirse en el comienzo de una transformación profunda. El reconocimiento del fracaso constituye ya una nueva circunstancia que exige respuesta. Si la persona reacciona positivamente, aquello que parecía perdido puede convertirse en el punto de partida de un crecimiento mucho mayor.

La existencia se desarrolla siempre entre dos posibilidades. La primera consiste en asumir personalmente la tarea de construirse. La segunda consiste en dejarse llevar pasivamente por lo

que hacen todos los demás. Heidegger considera que este segundo camino representa una degradación de la condición humana.

Cuando el hombre deja de decidir por sí mismo y vive simplemente siguiendo la opinión común, pierde progresivamente su autenticidad. Se convierte en uno más dentro de la masa. Deja de ser verdaderamente persona para transformarse en alguien impersonal, alguien que ya no actúa desde su propia responsabilidad sino desde la comodidad de hacer lo mismo que hacen los demás.

Este peligro aparece constantemente en la vida cotidiana. Resulta mucho más sencillo aceptar las costumbres dominantes que asumir el riesgo de construir una existencia propia. Sin embargo, esa comodidad termina destruyendo precisamente aquello que hace único al ser humano. El hombre deja entonces de realizar su propia tarea y renuncia a convertirse en quien estaba llamado a ser.

El gran enemigo de la existencia auténtica es la caída. Caer significa abandonar el propio proyecto y aceptar una vida puramente mecánica, sin decisiones verdaderamente personales. La caída no siempre adopta formas espectaculares. Muchas veces comienza cuando el hombre deja de preguntarse por el sentido de su vida y simplemente se limita a repetir aquello que hacen todos los demás.

Frente a este peligro aparece la angustia, uno de los conceptos fundamentales del existencialismo. Heidegger distingue cuidadosamente entre miedo y angustia. El miedo siempre tiene un objeto concreto. Se teme una enfermedad determinada, un accidente o un peligro claramente identificado. La angustia, en cambio, carece de objeto preciso. Es la inquietud profunda que experimenta el hombre al descubrir que puede fracasar en la tarea de construirse.

La angustia no constituye una enfermedad ni un defecto psicológico. Es una experiencia profundamente humana. Gracias a ella la persona toma conciencia de la enorme responsabilidad que pesa sobre su propia existencia. Comprende que nadie puede vivir por ella y que toda decisión contribuye a construir o destruir su propia humanidad.

Paradójicamente, la angustia protege al hombre contra la superficialidad. Quien nunca experimenta esa inquietud corre el riesgo de vivir sin plantearse las grandes preguntas sobre el sentido de su vida. En cambio, quien siente la angustia descubre que su existencia merece ser tomada en serio y que ninguna decisión resulta completamente indiferente.

La libertad aparece entonces unida inseparablemente a la responsabilidad. El hombre es libre precisamente porque puede decidir qué hacer con su vida. Pero esa libertad implica también aceptar las consecuencias de cada decisión. Nadie puede sustituirlo en esa tarea. Cada persona debe responder personalmente a las circunstancias que encuentra.

Por eso el hombre nunca puede atribuir completamente a los demás la responsabilidad de su existencia. Aunque las circunstancias condicionen profundamente la vida, siempre permanece un espacio de libertad desde el cual es posible responder de maneras distintas. Dos personas pueden atravesar la misma situación y salir de ella profundamente transformadas en direcciones opuestas. Lo decisivo no es el acontecimiento, sino la respuesta.

Toda la existencia puede entenderse como un diálogo continuo entre el hombre y el mundo. El mundo formula preguntas mediante las circunstancias; el hombre responde mediante sus decisiones. En esa conversación permanente va apareciendo lentamente la verdadera identidad de cada persona.

El hombre no descubre quién es contemplándose pasivamente a sí mismo, sino viviendo. Sólo al responder a las situaciones concretas va configurando poco a poco aquello que realmente llegará a ser. La identidad no precede a la existencia; nace precisamente del modo en que cada uno vive su propia existencia.

Por eso Heidegger entiende que la filosofía no debe limitarse a elaborar conceptos abstractos sobre el hombre. Su verdadera misión consiste en ayudar a comprender la profundidad de la existencia concreta. Pensar filosóficamente significa aprender a vivir con mayor autenticidad, descubriendo que cada instante constituye una oportunidad irrepetible para construir el propio ser.

La existencia humana aparece así como una aventura abierta. Ningún hombre está completamente terminado mientras vive. Todos permanecen llamados a crecer, a responder a las circunstancias y a realizar la tarea única e irrepetible de convertirse en aquello que verdaderamente están llamados a ser. Sólo quien acepta esa responsabilidad puede vivir una existencia auténtica y alcanzar la plenitud de su propia humanidad.

## El hombre una pasión inútil

La filosofía de Jean-Paul Sartre representa una de las expresiones más radicales del existencialismo contemporáneo. Su pensamiento nace de una experiencia profundamente personal y de una visión extremadamente pesimista del hombre. La difícil infancia que vivió, marcada por la muerte prematura de su padre, la compleja relación con su madre y el sentimiento constante de desamparo, influyó decisivamente en su manera de comprender la existencia. A ello se unió el ambiente de devastación moral y política que dejó la Segunda Guerra Mundial, haciendo que su filosofía aparezca como el retrato de un hombre que se siente completamente solo en un universo sin sentido. Sin embargo, precisamente por esa dureza, Sartre obliga a pensar. Su filosofía no pretende tranquilizar, sino interrogar constantemente al hombre y obligarlo a enfrentarse con las preguntas más incómodas sobre sí mismo.

Sartre acepta el punto de partida del existencialismo desarrollado por Heidegger: primero se existe y después se llega a ser. El hombre no nace con una esencia completamente determinada, sino que debe construirla mediante su propia existencia. Sin embargo, considera que los filósofos alemanes traicionaron el verdadero espíritu del existencialismo al intentar convertirlo en un sistema filosófico. Para Sartre, la existencia nunca puede encerrarse dentro de un libro ni reducirse a un método. La vida humana cambia constantemente y cualquier intento de fijarla en conceptos definitivos deja de ser auténticamente existencial.

Por ello rechaza la filosofía sistemática y busca otras formas de expresar su pensamiento. Prefiere el teatro y la conferencia antes que el tratado filosófico. El teatro permite mostrar al hombre viviendo situaciones concretas, enfrentándose a decisiones reales y actuando delante del espectador. La existencia no debe explicarse como una teoría abstracta, sino representarse mediante personas que viven conflictos auténticos. Cada representación constituye un momento irrepetible, del mismo modo que cada vida humana también lo es.

Aunque finalmente escribió una obra filosófica de gran importancia, *\*El ser y la nada\**, incluso ese libro mantiene una estructura muy distinta de la filosofía tradicional. En él no ofrece una explicación cerrada de la realidad, sino un enfrentamiento permanente entre conceptos opuestos que nunca terminan de resolverse definitivamente.

El núcleo de su pensamiento gira alrededor de dos formas fundamentales del ser: el ser en sí y el ser para sí. El ser en sí corresponde a la realidad de las cosas. Todo aquello que existe sin

conciencia pertenece a este ámbito: una piedra, una mesa, un árbol o una estrella. El ser en sí está completamente realizado. Es compacto, cerrado, terminado y no puede convertirse en otra cosa distinta de lo que ya es. Carece de libertad porque no posee posibilidades abiertas. Su existencia aparece completamente determinada.

Precisamente por encontrarse completamente cerrado sobre sí mismo, Sartre afirma que el ser en sí tiene como fundamento la nada. No porque deje de existir, sino porque permanece absolutamente inmóvil. Carece de futuro, de proyecto y de posibilidades nuevas. Es una realidad acabada que ya no puede crecer. De ahí la imagen de un ser compacto cuya aparente solidez oculta un inmenso vacío interior.

Muy distinta es la realidad del ser para sí, que corresponde exclusivamente al hombre. El ser para sí es la conciencia. Gracias a ella el hombre no sólo piensa, sino que es capaz de pensar sobre sí mismo, examinar sus propias acciones y preguntarse continuamente quién es. La conciencia introduce una ruptura dentro del ser. El hombre nunca coincide plenamente consigo mismo porque siempre puede observarse desde fuera y juzgar aquello que está haciendo.

La primera experiencia que descubre la conciencia consiste en afirmar la propia identidad frente a los demás. Cada persona toma conciencia de sí precisamente cuando comprende que no es ninguna otra. El hombre descubre que posee una individualidad irrepetible y que nadie puede sustituirlo. Esta separación constituye el primer paso para la construcción de la propia identidad.

Sin embargo, inmediatamente aparece una segunda experiencia mucho más profunda. El hombre descubre que tampoco coincide plenamente consigo mismo. No sólo no es los demás; tampoco es todavía aquello que desea llegar a ser. Siempre se encuentra en proceso de construcción. Vive constantemente orientado hacia un futuro que aún no ha alcanzado. Por eso puede decirse que el hombre nunca es plenamente él mismo mientras vive.

Esta situación genera una contradicción permanente. El ser humano desea llegar a realizar completamente su propia identidad, alcanzar un momento en el que pueda decir definitivamente «ya soy yo». Sin embargo, si llegara a conseguirlo dejaría de ser un ser para sí para convertirse en un ser en sí: una realidad completamente terminada, cerrada e inmóvil. Alcanzar plenamente la propia identidad equivaldría a dejar de existir como ser libre.

Aquí aparece una de las afirmaciones más conocidas de Sartre: el hombre es una pasión inútil. Toda la existencia consiste en intentar llegar a ser aquello que nunca puede alcanzarse completamente. Si permanece abierto al futuro nunca llega a realizarse del todo; si llegara a

realizarse completamente perdería precisamente aquello que constituye su humanidad: la libertad y la posibilidad de seguir construyéndose.

El hombre vive así entre dos imposibilidades. Si acepta permanecer inacabado experimenta continuamente la insatisfacción de no ser todavía quien desea ser. Si intenta convertirse en un ser completamente realizado destruye su propia condición existencial. La existencia aparece como un esfuerzo constante que nunca alcanza una plenitud definitiva.

Esta situación se comprende mejor al analizar el significado de la libertad. Para Sartre el hombre está condenado a ser libre. No puede dejar de decidir. Incluso cuando intenta evitar una decisión ya está tomando una decisión. La libertad constituye la esencia misma de la existencia humana.

Sin embargo, esta libertad resulta profundamente angustiosa. El hombre se encuentra situado delante de un horizonte ilimitado donde ninguna norma absoluta le indica cuál es el camino correcto. Debe construir por sí mismo el sentido de su vida. Cada elección depende únicamente de él. Nadie puede sustituirlo en esa responsabilidad.

Muchos intentan escapar de esta situación recurriendo a la mala fe. La mala fe consiste en fingir que uno no es realmente libre y atribuir las propias decisiones a las circunstancias, a la sociedad, a la educación o al destino. De este modo el hombre pretende evitar la responsabilidad de sus actos. Pero esta actitud constituye un engaño porque la libertad permanece siempre presente, incluso cuando uno intenta ocultarla.

El hombre auténtico acepta plenamente su libertad, aunque sepa que esa libertad no garantiza ningún resultado definitivo. Vive comprometido con las decisiones que adopta y asume las consecuencias de sus actos. La existencia auténtica consiste precisamente en aceptar esa responsabilidad radical.

Por ello Sartre concede tanta importancia al compromiso. El hombre sólo se realiza comprometiéndose con situaciones concretas. No existe una libertad abstracta. Toda libertad aparece siempre dentro de circunstancias determinadas que exigen una respuesta personal. Cada compromiso configura progresivamente la identidad de quien lo asume.

Esta concepción conduce a una ética de la responsabilidad absoluta. Nadie puede justificar sus acciones diciendo que actuó obligado. Incluso cuando las circunstancias limitan enormemente las posibilidades, siempre permanece un margen de decisión que hace responsable al hombre de aquello que hace con su propia vida.

El teatro constituye el mejor instrumento para mostrar esta realidad. En sus obras no aparecen héroes perfectos, sino personajes situados ante conflictos donde cada decisión pone de manifiesto la dificultad de existir. Sus protagonistas viven encerrados en situaciones límite donde la libertad se convierte al mismo tiempo en una carga y en la única posibilidad de construir su propia identidad.

En *\*A puerta cerrada\** presenta tres personajes encerrados para siempre en una habitación: una mujer que ha matado a su hijo, una lesbiana y un traidor a la patria. Cada uno intenta justificar sus propios actos culpando continuamente a los otros. Poco a poco descubren que el verdadero castigo no consiste en el lugar donde se encuentran, sino en verse obligados a convivir eternamente con quienes les devuelven una imagen insoportable de sí mismos. De ahí nace una de las frases más famosas de Sartre: «El infierno son los otros». No significa que toda convivencia sea imposible, sino que la mirada del otro nos enfrenta continuamente con aquello que somos y con aquello que hemos hecho.

En *\*La náusea\** aparece otra dimensión de esta experiencia. El protagonista contempla la realidad cotidiana y descubre en ella una sensación de absurdo que termina produciéndole rechazo. Todo cuanto existe pierde su aparente normalidad y aparece desprovisto de significado. La existencia deja de ofrecer seguridades y el hombre experimenta una profunda sensación de vacío. La náusea simboliza precisamente esa percepción de un mundo que ya no proporciona ningún fundamento sólido sobre el que construir la propia vida.

A pesar del enorme pesimismo de estas obras, Sartre no invita al hombre a renunciar a vivir. Al contrario, considera que precisamente porque la existencia carece de un sentido dado de antemano, cada persona tiene la responsabilidad de construir el suyo. El hombre no encuentra un significado previamente establecido; debe crearlo mediante sus propias decisiones.

Toda su filosofía gira, por tanto, alrededor de una paradoja. El hombre nace sin una esencia fija, vive impulsado por el deseo de realizar plenamente su identidad y descubre finalmente que nunca podrá alcanzarla de manera definitiva. Sin embargo, lejos de abandonar esa búsqueda, debe continuar construyendo su existencia con plena conciencia de su fragilidad.

La grandeza del hombre no consiste en alcanzar una perfección imposible, sino en aceptar valientemente su libertad y asumir el riesgo permanente de decidir. Aunque toda existencia permanezca abierta y nunca llegue a cerrarse completamente, cada decisión contribuye a configurar una vida única e irrepetible. Precisamente en esa tensión entre la nada, la libertad y el compromiso reside, para Sartre, toda la verdad de la condición humana.

## El hombre y sus circunstancias

La reflexión antropológica de Karl Jaspers y José Ortega y Gasset parte de una misma convicción: el hombre no puede comprenderse como una realidad acabada o aislada del mundo que lo rodea. La existencia humana sólo puede entenderse si se estudia en relación con las circunstancias en las que se desarrolla. El hombre no vive separado de la realidad, sino inmerso en ella, creciendo o empobreciéndose según la manera en que responde a las situaciones que encuentra a lo largo de su vida. Ambos filósofos, desde perspectivas diferentes pero profundamente complementarias, entienden que el ser humano no está terminado desde el nacimiento, sino que debe construirse continuamente mediante las decisiones que adopta frente a las circunstancias que le salen al encuentro.

Esta concepción supone una respuesta a las antropologías más pesimistas estudiadas anteriormente, especialmente a la de Sartre. Si el existencialismo francés había presentado al hombre como una existencia condenada al absurdo, Jaspers y Ortega intentan mostrar que precisamente la existencia concreta constituye el lugar donde el hombre puede realizarse. La vida no es una condena, sino una tarea. Cada situación, incluso las más difíciles, puede convertirse en una oportunidad de crecimiento.

Jaspers llega a esta conclusión después de un largo recorrido intelectual. Comenzó estudiando Medicina, continuó especializándose en Psicología y Psiquiatría y terminó dedicándose a la Filosofía y a la interpretación de la Historia. Todo ese camino responde a una misma preocupación: comprender qué significa realmente ser hombre. Su experiencia como psiquiatra le permitió descubrir la enorme complejidad del ser humano y comprobar que ninguna ciencia aislada consigue explicarlo por completo.

El hombre constituye siempre un misterio para sí mismo. Cuanto más intenta conocerse, más descubre aspectos desconocidos de su propia personalidad. Ningún ser humano puede afirmar que ya se conoce completamente. Siempre permanece abierto a nuevas posibilidades y puede sorprenderse a sí mismo. Precisamente esta capacidad de sorprenderse constituye una de las manifestaciones más claras de la libertad humana. Los seres puramente materiales permanecen idénticos a sí mismos, mientras que el hombre nunca deja de convertirse en alguien nuevo.

Jaspers recoge una intuición ya presente en Heidegger cuando afirma que el hombre es el lugar privilegiado donde el ser se manifiesta. Quien quiera comprender qué significa verdaderamente

el ser debe comenzar observando al hombre. No existe otro camino de acceso a esa realidad. El ser absoluto permanece fuera del alcance de los sentidos, pero encuentra en el hombre el lugar donde puede manifestarse parcialmente. Por ello, toda investigación sobre el ser pasa necesariamente por la antropología.

Esta afirmación concede al hombre una enorme dignidad. Cada persona constituye una ventana abierta hacia una realidad más profunda que ella misma. Estudiar al hombre no significa únicamente conocer una especie biológica, sino aproximarse al misterio mismo del ser. Por eso la reflexión antropológica adquiere un valor decisivo dentro de la filosofía.

Sin embargo, el hombre nunca aparece aislado. Siempre existe dentro de unas circunstancias concretas. Jaspers expresa esta idea afirmando que el hombre es un ser en situación. No existe ningún hombre fuera de una situación determinada. Toda persona vive en un lugar concreto, en una época concreta, dentro de una cultura determinada y rodeada de personas que condicionan continuamente su existencia.

La situación no constituye un elemento secundario de la vida humana. Forma parte de la propia definición del hombre. No puede imaginarse un ser humano completamente separado del mundo que lo rodea. El hombre siempre vive dentro de unas circunstancias que influyen sobre él y a las que él mismo responde constantemente.

Por eso la existencia puede representarse como un diálogo continuo entre el hombre y el mundo. Las circunstancias interpelan al hombre y éste responde mediante sus decisiones. Cada respuesta modifica parcialmente el mundo y, al mismo tiempo, transforma a la propia persona. Se produce así una influencia recíproca permanente. El hombre cambia el mundo y el mundo cambia al hombre.

Jaspers denomina a esta relación **\*\*orientación en el mundo\*\***. Vivir significa aprender a situarse correctamente dentro de las circunstancias que la realidad presenta continuamente. No basta con existir. Es necesario interpretar adecuadamente cada situación y responder a ella de forma responsable. El hombre madura precisamente en la medida en que aprende a orientarse dentro del mundo.

Esta orientación resulta decisiva porque ninguna circunstancia es indiferente. Todo aquello que rodea al hombre influye de algún modo sobre él: la familia, la sociedad, la cultura, el trabajo, los amigos, la política, la religión, el ambiente natural e incluso la historia de las generaciones anteriores. Cada uno de estos elementos forma parte del mundo en el que la persona debe aprender a vivir.

La relación entre el hombre y su entorno nunca es pasiva. Toda acción realizada por una persona produce consecuencias que terminan regresando sobre ella misma. Cada decisión modifica el ambiente y ese ambiente transformado vuelve después a influir sobre quien actuó inicialmente. Existe una especie de retroalimentación permanente entre el individuo y el mundo.

Por ello resulta imposible dañar el entorno sin perjudicarse también a uno mismo. El deterioro del medio ambiente, las injusticias sociales o la violencia no afectan únicamente a quienes las sufren directamente. Acaban repercutiendo sobre toda la humanidad. Del mismo modo, toda acción positiva termina enriqueciendo también a quien la realiza. El hombre participa de un tejido de relaciones donde nada permanece aislado.

Esta visión posee una profunda dimensión ecológica. Mucho antes de que la ecología se convirtiera en una preocupación mundial, Jaspers ya había comprendido que el hombre y el mundo forman una unidad inseparable. La naturaleza no constituye un simple escenario donde transcurre la existencia humana. Es parte integrante de la propia condición del hombre. Destruir el entorno significa empobrecer también a la humanidad.

La responsabilidad humana alcanza incluso a las generaciones futuras. Las decisiones presentes condicionan la vida de quienes todavía no han nacido. Del mismo modo que el pasado influye continuamente sobre el presente, también el futuro ejerce ya una influencia sobre nuestras decisiones actuales. Vivimos condicionados por la historia que hemos recibido y, al mismo tiempo, construimos la historia que recibirán quienes vengan después.

Por ello el hombre nunca puede entenderse únicamente desde el presente. Su existencia integra pasado, presente y futuro. Cada persona recibe una herencia histórica, vive unas circunstancias concretas y orienta su vida hacia un porvenir que todavía no existe. La condición humana posee siempre una dimensión temporal que forma parte de su propia identidad.

Dentro de este proceso aparecen las llamadas **\*\*situaciones límite\*\***, uno de los conceptos fundamentales de Jaspers. Se trata de aquellas experiencias en las que el hombre siente que ha llegado al borde de sus propias posibilidades. Son momentos en los que parece no existir salida y en los que la persona se enfrenta directamente con los grandes límites de la existencia.

Entre estas situaciones destacan especialmente el sufrimiento, la lucha, la culpa y la muerte. Todas ellas obligan al hombre a enfrentarse consigo mismo de una manera mucho más profunda que la vida cotidiana. En esos momentos desaparecen las distracciones superficiales y la persona descubre quién es realmente.

Lejos de considerar estas experiencias únicamente como desgracias, Jaspers sostiene que constituyen las ocasiones privilegiadas para el crecimiento humano. Cuando una persona consigue atravesar una situación límite sin destruirse interiormente, nunca vuelve siendo la misma. Sale fortalecida y con una comprensión mucho más profunda de sí misma y de la vida.

El dolor representa una de esas situaciones privilegiadas. Mientras la existencia transcurre con normalidad resulta fácil vivir superficialmente. Sin embargo, el sufrimiento obliga al hombre a replantearse el sentido de su existencia. Quien aprende a integrar el dolor dentro de su vida adquiere una profundidad que difícilmente habría alcanzado por otros caminos.

Lo mismo ocurre con la lucha. Toda dificultad importante obliga a desarrollar capacidades que permanecían ocultas. La persona descubre recursos interiores que desconocía y aprende a superar obstáculos que antes parecían imposibles. La lucha bien vivida fortalece el carácter y amplía la libertad interior.

La culpa ocupa también un lugar esencial. El sentimiento de culpabilidad puede destruir al hombre cuando se convierte en desesperación, pero también puede transformarse en una ocasión extraordinaria de crecimiento. Reconocer el propio error constituye el primer paso para superarlo. Ninguna culpa debería conducir al hombre a la desesperanza. Toda persona conserva siempre la posibilidad de rectificar, aprender y comenzar nuevamente.

La muerte constituye la última de las situaciones límite. Su presencia recuerda constantemente al hombre que la existencia es limitada y que el tiempo debe ser aprovechado. Lejos de paralizar la vida, la conciencia de la muerte puede impulsarla hacia una mayor autenticidad. Precisamente porque el tiempo es limitado, cada decisión adquiere un valor irrepetible.

Después de atravesar cualquiera de estas situaciones, el hombre ya no vuelve siendo el mismo. Cada experiencia límite transforma profundamente la personalidad. La identidad humana no permanece inmóvil, sino que se modifica continuamente mediante las experiencias vividas y asimiladas.

Estas intuiciones encuentran un desarrollo especialmente claro en el pensamiento de Ortega y Gasset. Su conocida afirmación «yo soy yo y mi circunstancia» resume toda esta concepción de la existencia. El hombre no puede separarse del mundo que lo rodea porque precisamente dentro de él va construyendo su propia personalidad.

Ortega rechaza la idea clásica según la cual el hombre posee una naturaleza fija e inmutable. El ser humano no constituye una realidad terminada. Lo que realmente posee es una historia. La

identidad de cada persona no depende únicamente de aquello que es en un momento concreto, sino del conjunto de experiencias que ha vivido y de las posibilidades hacia las que se dirige.

La vida humana no puede compararse con una cosa. Una piedra simplemente existe. El hombre, en cambio, vive. Vivir significa hacerse continuamente. La existencia constituye un drama en permanente desarrollo. Nada permanece definitivamente concluido mientras el hombre vive.

Por eso Ortega afirma que el hombre no tiene naturaleza, sino historia. Todo cuanto una persona es depende de aquello que ha ido viviendo, de las decisiones que ha tomado y de las circunstancias que ha sabido interpretar. El hombre es el resultado dinámico de toda su trayectoria vital.

Cada experiencia deja una huella permanente. Todo lo vivido pasa a formar parte de la identidad personal. Al mismo tiempo, el futuro continúa ejerciendo una fuerza constante sobre el presente. El hombre vive proyectado hacia aquello que todavía no es. Siempre existe una distancia entre la persona que actualmente somos y aquella que estamos llamados a llegar a ser.

Esta apertura permanente recibe el nombre de trascendencia. No se trata todavía de una trascendencia religiosa, sino del hecho de que el hombre siempre supera la situación en la que actualmente se encuentra. Nunca coincide plenamente consigo mismo. Siempre vive orientado hacia un crecimiento posterior.

La existencia consiste precisamente en ese movimiento continuo. Cada etapa obliga a despedirse de la anterior para hacer posible la siguiente. El niño debe dejar paso al adolescente; el adolescente al adulto; el adulto a la madurez. El crecimiento exige abandonar continuamente aquello que ya hemos sido.

Por eso puede afirmarse que toda vida humana está construida sobre una sucesión de pequeñas despedidas. Cada etapa superada permanece incorporada a la personalidad, pero deja de existir como realidad presente. El hombre avanza gracias a todas las formas anteriores de sí mismo que ha ido dejando atrás.

Desde esta perspectiva, la historia personal constituye la verdadera riqueza del hombre. Todo cuanto ha vivido forma parte de su identidad. Cada fracaso, cada éxito, cada dolor y cada alegría se integran en una biografía única e irrepetible. La persona no puede comprenderse observando únicamente el presente. Es necesario contemplar todo el camino recorrido.

El hombre aparece así como una realidad abierta, dinámica e inacabada. No posee una naturaleza fija que determine definitivamente quién es, sino una historia que continúa

escribiéndose mientras vive. Su verdadera esencia consiste precisamente en construirse continuamente dentro de las circunstancias que la vida le presenta.

Jaspers y Ortega coinciden finalmente en una misma conclusión: el hombre no está llamado a instalarse cómodamente en lo que ya es, sino a crecer sin descanso. La existencia constituye una tarea permanente de interpretación del mundo, de respuesta a las circunstancias y de superación personal. Cada situación puede convertirse en un obstáculo o en una oportunidad. Todo depende de la manera en que el hombre decida vivirla. Precisamente ahí reside su libertad y también su mayor responsabilidad.

## El hombre y la existencia angustiada

La reflexión sobre el sufrimiento ocupa un lugar central en la antropología porque constituye una de las experiencias más universales de la existencia humana. Lejos de entender el dolor como un castigo o como un bien en sí mismo, se presenta como una circunstancia privilegiada para comprender al hombre. El sufrimiento no debe buscarse ni idealizarse. No existe ninguna grandeza en sufrir por sufrir. La tradición cristiana, correctamente entendida, nunca ha defendido el dolor como un fin en sí mismo. Sin embargo, cuando el dolor aparece inevitablemente en la vida, se convierte en un desafío decisivo del que depende en gran medida el crecimiento personal. El hombre no se hace hombre evitando el sufrimiento, sino enfrentándose a él y descubriendo la oportunidad que encierra.

La cuestión fundamental no consiste en preguntarse por qué existe el dolor, sino qué hace el hombre cuando se encuentra con él. Cada sufrimiento coloca a la persona ante una decisión. Puede rechazarlo, dejarse destruir por él o convertirlo en una ocasión de crecimiento. En este sentido, el dolor aparece como una auténtica situación límite, tal y como había señalado Jaspers. No porque el sufrimiento posea un valor por sí mismo, sino porque obliga al hombre a enfrentarse consigo mismo de una manera que ninguna otra experiencia consigue.

Cuando el hombre evita toda dificultad o huye constantemente del sufrimiento, algo importante queda sin desarrollar dentro de él. En cambio, cuando acepta el desafío y lucha por superarlo, descubre capacidades que desconocía poseer. Muchas veces una persona sólo llega a conocer su verdadera fortaleza cuando la vida la sitúa ante circunstancias extremas. Sin esas pruebas probablemente nunca habría descubierto quién era realmente.

Por eso puede afirmarse que el hombre no crece tanto gracias a los momentos de comodidad como gracias a las dificultades que logra superar. Las grandes transformaciones personales suelen producirse después de atravesar situaciones dolorosas. El sufrimiento no garantiza automáticamente el crecimiento, pero sí ofrece una oportunidad única para alcanzarlo. Todo depende de la respuesta que cada persona sea capaz de dar.

Esta manera de comprender el dolor permite abandonar una visión exclusivamente negativa de las crisis. En la cultura occidental la palabra crisis suele entenderse como un momento de fracaso o de decadencia. Sin embargo, la tradición oriental ofrece una interpretación mucho más rica. La palabra china utilizada para expresar la idea de crisis reúne dos significados inseparables:

desafío y oportunidad. Toda crisis constituye al mismo tiempo un ataque y una posibilidad de crecimiento.

Cuando una persona atraviesa una enfermedad, una pérdida, un fracaso o cualquier situación dolorosa, experimenta inicialmente el aspecto negativo de la crisis. Se siente golpeada por unas circunstancias que no ha elegido. Sin embargo, dentro de esa misma situación existe también una oportunidad que sólo puede descubrirse si decide afrontarla. La crisis nunca obliga al hombre a crecer, pero siempre le ofrece la posibilidad de hacerlo.

Quien consigue superar una situación difícil ya no vuelve siendo el mismo. Algo ha cambiado en su interior. Mira la realidad con mayor profundidad, comprende mejor el sufrimiento de los demás y descubre recursos personales que antes permanecían ocultos. La crisis deja entonces de ser únicamente una desgracia para convertirse en un momento decisivo de maduración.

Por eso el sufrimiento no debe contemplarse como un castigo. Interpretarlo únicamente como una sanción conduce al resentimiento y a la desesperanza. En cambio, cuando se entiende como una oportunidad de crecimiento, el dolor adquiere un significado completamente distinto. Sigue siendo doloroso, pero deja de ser absurdo. El hombre puede darle un sentido precisamente porque descubre que esa experiencia le permite llegar a ser alguien que antes no era.

Una imagen sencilla ayuda a comprender esta idea. Una persona puede terminar completamente agotada después de una larga carrera y convencerse de que ya no le quedan fuerzas para dar un paso más. Sin embargo, si de repente aparece un peligro que amenaza su vida, descubre que todavía posee una energía que desconocía. Aquello que parecía imposible se vuelve posible porque la dificultad ha despertado capacidades ocultas. El desafío ha revelado una fuerza que permanecía escondida.

La vida humana está llena de situaciones semejantes. Mientras todo marcha bien, el hombre apenas necesita recurrir a sus recursos más profundos. Vive con relativa comodidad y muchas de sus posibilidades permanecen dormidas. Es precisamente la dificultad la que obliga a ponerlas en funcionamiento. El sufrimiento actúa así como una fuerza que despierta al hombre y le permite descubrir dimensiones desconocidas de sí mismo.

Por ello puede afirmarse que quien nunca ha sufrido apenas ha tenido ocasión de conocerse verdaderamente. La felicidad constante corre el riesgo de adormecer a la persona y hacerle creer que ya ha alcanzado todo lo que podía ser. El dolor rompe esa falsa seguridad y obliga a comenzar nuevamente el camino del crecimiento.

Esta reflexión alcanza su formulación más profunda en el pensamiento de Søren Kierkegaard. Su vida estuvo marcada desde la infancia por el sufrimiento físico y moral, lo que le llevó a convertir el dolor en uno de los temas fundamentales de su obra. Sin embargo, nunca defendió el sufrimiento por sí mismo. Lo que le interesaba era comprender cómo el dolor puede convertirse en el lugar donde el hombre descubre la verdad de su propia existencia.

Para Kierkegaard la vida está atravesada por una realidad constante que denomina angustia. Esta palabra no debe confundirse con el miedo. El miedo siempre posee un objeto concreto: se teme una enfermedad determinada, un animal o un peligro claramente identificado. La angustia, en cambio, no tiene un objeto preciso. Es una inquietud permanente que acompaña al hombre porque sabe que toda su existencia permanece abierta y que en cualquier momento puede enfrentarse a situaciones imprevisibles.

La muerte constituye el ejemplo más claro de esta angustia. Todo hombre sabe que morirá, pero nadie conoce cuándo, cómo o dónde sucederá. Esa incertidumbre acompaña continuamente a la existencia. No se trata de vivir obsesionado por la muerte, sino de reconocer que forma parte inseparable de la condición humana. Precisamente porque la muerte permanece siempre como una posibilidad, toda la vida adquiere una enorme seriedad.

La angustia no representa una enfermedad del hombre, sino una manifestación de su propia grandeza. Sólo quien posee conciencia de sí mismo puede experimentar angustia. Los animales reaccionan ante peligros concretos, pero no viven proyectados hacia un futuro incierto. El hombre, en cambio, sabe que su existencia permanece abierta y que sus decisiones tienen consecuencias irreversibles. Esa conciencia genera inevitablemente angustia.

Por eso Kierkegaard afirma que cuanto más profundamente vive una persona, mayor es también su angustia. No porque sea más desgraciada, sino porque comprende con mayor claridad la importancia de su propia existencia. La ausencia total de angustia no constituye necesariamente un signo de felicidad, sino muchas veces una señal de superficialidad.

Para explicar este proceso utiliza la imagen de una escalera. Cada peldaño representa un desafío que la vida coloca delante del hombre. Superarlo permite subir un nivel más y crecer como persona. Sin embargo, inmediatamente aparece un nuevo peldaño que exige un esfuerzo todavía mayor. La existencia consiste precisamente en esta sucesión continua de desafíos.

Cada dificultad superada prepara al hombre para afrontar otras nuevas. El crecimiento nunca termina. A medida que la persona madura, también aumentan las exigencias de la vida. Los

desafíos se vuelven más complejos porque también el hombre es ya más capaz de responder a ellos.

Lo verdaderamente importante es que cada peldaño representa una oportunidad irrepetible. Si la persona decide no afrontarlo, permanece detenida en el mismo lugar. No retrocede necesariamente, pero deja de crecer. La comodidad aparece entonces como una de las mayores amenazas para el desarrollo humano. Quien sólo busca una vida sin dificultades termina renunciando también a la posibilidad de convertirse plenamente en sí mismo.

La angustia acompaña todo este proceso porque el hombre nunca sabe cuál será el siguiente desafío. Vive siempre abierto a acontecimientos que todavía desconoce. Sin embargo, precisamente esa incertidumbre mantiene viva la posibilidad del crecimiento. Una existencia completamente previsible dejaría de ser verdaderamente humana.

Estas intuiciones encontraron una formulación especialmente intensa en el pensamiento de Miguel de Unamuno. Su vida estuvo marcada por una profunda inquietud espiritual que convirtió el sufrimiento en uno de los ejes fundamentales de toda su reflexión. Para él, la vida posee inevitablemente un carácter trágico porque el hombre experimenta continuamente el deseo de infinitud y descubre al mismo tiempo sus propios límites.

Unamuno afirma que el universo resulta demasiado pequeño para el hombre. No porque el mundo sea objetivamente insuficiente, sino porque el corazón humano desea siempre más de lo que cualquier realidad limitada puede ofrecerle. El hombre experimenta una permanente sensación de estrechez, como si viviera encerrado dentro de una realidad incapaz de satisfacer plenamente sus aspiraciones.

Esta imagen recuerda a un pájaro encerrado en una jaula. El ave bate continuamente sus alas contra los barrotes intentando alcanzar un espacio más amplio. Del mismo modo, el hombre siente que ninguna realidad finita consigue responder completamente a su deseo de plenitud. Siempre permanece dentro de él una inquietud que le impulsa a buscar algo más.

Por eso Unamuno habla del hambre de inmortalidad. No se refiere simplemente al deseo de seguir viviendo indefinidamente, sino a la profunda necesidad de una plenitud que ninguna realidad temporal consigue proporcionar. El hombre vive impulsado por ese deseo y precisamente esa tensión constituye uno de los motores fundamentales de su existencia.

La angustia nace de esa distancia entre lo que el hombre es y aquello que desea llegar a ser. Ninguna satisfacción temporal elimina definitivamente esa inquietud. Siempre aparece un nuevo

horizonte que invita a seguir creciendo. El sufrimiento forma parte de esta experiencia porque toda aspiración auténtica exige renunciar continuamente a formas anteriores de vivir.

En este sentido, el dolor revela la verdadera profundidad del hombre. Sólo quien ha atravesado situaciones difíciles comprende hasta qué punto la vida posee un significado que supera la simple comodidad. Muchas personas descubren precisamente durante los momentos más duros aquello que realmente da sentido a su existencia.

La experiencia del pecado puede entenderse también desde esta perspectiva. Incluso el error más grave puede transformarse en una oportunidad de crecimiento cuando el hombre es capaz de reconocerlo y comenzar de nuevo. Ninguna situación constituye un fracaso definitivo mientras permanezca abierta la posibilidad de responder de una manera distinta.

Por eso nunca puede afirmarse que una persona haya quedado definitivamente destruida por sus errores. Siempre existe la posibilidad de convertir el pasado en un nuevo punto de partida. Incluso aquello que parecía una derrota irreversible puede convertirse en el primer peldaño de una vida completamente distinta.

El sufrimiento no elimina la libertad del hombre, sino que la pone especialmente de manifiesto. Precisamente cuando la vida parece cerrarse por todas partes surge la posibilidad de responder de una manera nueva. Cada dificultad plantea una pregunta distinta y obliga al hombre a decidir quién quiere llegar a ser.

Desde esta perspectiva, el dolor deja de entenderse únicamente como una experiencia negativa. Continúa siendo una realidad dura y muchas veces incomprensible, pero al mismo tiempo revela la extraordinaria capacidad del hombre para crecer incluso en las circunstancias más difíciles. La grandeza humana no consiste en evitar el sufrimiento, sino en descubrir que ninguna dificultad puede impedir definitivamente la construcción de la propia existencia.

La antropología concluye así que el sufrimiento y la muerte no representan elementos secundarios de la condición humana. Constituyen dimensiones esenciales para comprender quién es verdaderamente el hombre. Sólo quien acepta recorrer ese camino descubre hasta qué punto la existencia permanece siempre abierta al crecimiento, a la esperanza y a una plenitud que ninguna circunstancia adversa puede destruir completamente.

## El hombre y su subsuelo

La antropología de Sigmund Freud constituye uno de los intentos más influyentes de penetrar en las zonas más profundas de la personalidad humana. Aunque Freud no fue filósofo, sino médico y psiquiatra, sus investigaciones modificaron radicalmente la manera de comprender al hombre. Su interés no consistía en elaborar una teoría filosófica sobre la naturaleza humana, sino en descubrir las fuerzas ocultas que determinan el comportamiento de las personas. Como médico acostumbrado a tratar enfermos, observó que gran parte de las conductas humanas no podían explicarse únicamente por aquello de lo que el individuo era consciente. Bajo la aparente normalidad de la vida cotidiana existía un mundo interior mucho más amplio, desconocido para la propia persona, pero decisivo para comprender quién es realmente.

Freud contempla al hombre desde la perspectiva del diagnóstico. Su punto de partida no es el hombre sano, sino el hombre herido, conflictivo y lleno de tensiones interiores. Considera que toda persona arrastra una profunda fragilidad y que muchas de sus acciones nacen de conflictos que ni siquiera conoce. Esta visión no pretende rebajar la dignidad humana, sino mostrar que el hombre sólo puede comprenderse plenamente cuando es capaz de mirar también hacia las zonas oscuras de su propia personalidad.

Una de las primeras afirmaciones de Freud consiste en que el hombre es inseparable de su pasado. Ninguna persona comienza verdaderamente desde cero. Cuando nace, llega ya cargada con una inmensa herencia biológica, psicológica, familiar e histórica que condiciona profundamente su manera de vivir. Cada individuo constituye el resultado de una larguísima cadena de generaciones anteriores. Los padres, los abuelos, la educación recibida, las experiencias infantiles e incluso los acontecimientos vividos antes del nacimiento forman parte de aquello que el hombre es.

Esta afirmación modifica profundamente el concepto de libertad. Con frecuencia se piensa que el hombre puede decidir completamente quién quiere ser. Freud recuerda que toda decisión parte siempre de unas condiciones previas que nadie ha elegido. La persona no escoge la familia en la que nace, ni su herencia genética, ni muchas de las experiencias que marcarán los primeros años de su vida. Todo ello constituye el punto de partida desde el que ejercerá posteriormente su libertad.

La libertad, por tanto, no consiste en construir la propia vida desde la nada, sino en responder de la mejor manera posible a una realidad previa que ya forma parte de uno mismo. El pasado no puede modificarse, pero sí puede integrarse de una manera nueva. La historia personal condiciona profundamente la existencia, aunque no la determina por completo.

Para explicar esta realidad Freud desarrolla su conocida teoría del aparato psíquico. Utiliza la imagen de un iceberg para representar la personalidad humana. La pequeña parte visible del iceberg simboliza la conciencia. Es aquello que el hombre conoce de sí mismo, aquello sobre lo que puede reflexionar y controlar directamente. Sin embargo, esa parte representa sólo una pequeña porción de toda la personalidad.

La mayor parte del iceberg permanece sumergida bajo el agua. Del mismo modo, la mayor parte de la vida psíquica permanece oculta bajo el nivel de la conciencia. A esta región Freud la denomina inconsciente. En ella se conservan deseos, recuerdos, impulsos, experiencias infantiles y conflictos que continúan influyendo constantemente sobre el comportamiento humano sin que la persona llegue a darse cuenta de ello.

Esta afirmación constituye una auténtica revolución. Antes de Freud predominaba la idea de que el hombre era aquello que conocía de sí mismo. La conciencia parecía explicar toda la personalidad. Freud demuestra que ocurre exactamente lo contrario. El hombre está mucho más determinado por aquello que ignora de sí mismo que por aquello que conoce conscientemente. La conciencia representa únicamente una pequeña parte de una realidad mucho más amplia.

Esto significa que muchas decisiones aparentemente libres poseen motivaciones ocultas que el propio sujeto desconoce. Los gustos personales, las simpatías, los rechazos, los miedos o determinadas reacciones espontáneas pueden tener su origen en experiencias olvidadas que permanecen actuando desde el inconsciente. La persona cree actuar por unas razones determinadas cuando, en realidad, existen otras mucho más profundas que escapan a su conocimiento.

Freud distingue dentro de la personalidad tres grandes instancias: el ello, el yo y el superyó. El ello constituye la dimensión más profunda e inconsciente del hombre. En él se encuentran los impulsos primarios, los deseos más elementales y las fuerzas instintivas que buscan continuamente satisfacción. El ello no conoce normas morales ni razonamientos. Funciona únicamente según el principio del placer, buscando satisfacer inmediatamente los impulsos que nacen en su interior.

Sobre esta base aparece el yo. El yo corresponde a la conciencia y representa la parte de la personalidad que mantiene el contacto con la realidad exterior. Su función consiste en mediar entre los deseos del ello y las exigencias del mundo real. Gracias al yo el hombre aprende a controlar parcialmente sus impulsos y a adaptarse a las circunstancias en las que vive.

Por encima de ambos actúa el superyó. Esta instancia representa el conjunto de normas, valores, prohibiciones y exigencias morales que la persona ha ido interiorizando desde la infancia. La educación familiar, la sociedad, la cultura, la religión y la autoridad forman progresivamente ese superyó que vigila constantemente la conducta del individuo y le indica lo que considera correcto o incorrecto.

La vida psíquica aparece así como un conflicto permanente entre estas tres dimensiones. El ello impulsa hacia la satisfacción inmediata de los deseos; el superyó impone límites y prohibiciones; el yo intenta mantener un equilibrio entre ambas fuerzas para hacer posible una convivencia razonable con la realidad.

Uno de los mecanismos fundamentales mediante los cuales actúa el yo es la represión. Muchas veces aparecen impulsos, deseos o pensamientos que la persona considera inaceptables. En lugar de permitir que lleguen plenamente a la conciencia, el yo los rechaza y los envía al inconsciente. De este modo nacen las represiones.

La represión no elimina el deseo reprimido. Simplemente lo oculta. Aquello que ha sido expulsado de la conciencia continúa existiendo y sigue actuando desde el inconsciente. Los deseos reprimidos permanecen vivos y buscan continuamente formas indirectas de manifestarse. Por eso muchas conductas aparentemente inexplicables tienen su origen precisamente en esos contenidos reprimidos.

Las represiones se acumulan a lo largo de toda la vida. Cada vez que una persona reprime un impulso, un deseo o una emoción, ese contenido pasa a formar parte del inconsciente. El resultado es que la personalidad se va llenando progresivamente de experiencias que ya no son conscientes pero que siguen influyendo sobre el comportamiento.

Freud considera que este proceso resulta inevitable. La convivencia social exige renunciar continuamente a determinados impulsos. Sin esas renunciaciones sería imposible la vida en común. Sin embargo, cada renuncia deja también una huella interior que permanece activa dentro del inconsciente.

Precisamente por ello muchas enfermedades psíquicas tienen su origen en conflictos reprimidos. Cuando el contenido reprimido acumula demasiada fuerza termina manifestándose mediante síntomas neuróticos, angustias, obsesiones o comportamientos aparentemente irracionales. El problema no reside únicamente en el deseo reprimido, sino en el esfuerzo constante que realiza la personalidad para mantenerlo oculto.

Uno de los caminos privilegiados para descubrir estos contenidos ocultos son los sueños. Durante el sueño disminuye el control ejercido por la conciencia y el superyó. El inconsciente encuentra entonces una oportunidad para expresar simbólicamente aquellos deseos que durante la vigilia permanecen reprimidos.

Los sueños no constituyen simples fantasías sin sentido. Para Freud poseen un significado profundo porque permiten acceder indirectamente al mundo inconsciente. Aunque aparezcan transformados mediante símbolos o imágenes difíciles de interpretar, expresan conflictos reales de la personalidad. Interpretar correctamente los sueños permite descubrir aspectos desconocidos de uno mismo.

Algo semejante sucede con los lapsus, los olvidos, los errores aparentemente casuales o determinados actos involuntarios. Muchas veces aquello que parece un simple accidente psicológico constituye en realidad una manifestación indirecta del inconsciente. La vida cotidiana está llena de pequeños indicios que revelan la actividad permanente de las fuerzas ocultas de la personalidad.

Entre los impulsos fundamentales del ello destacan dos grandes tendencias que Freud denomina Eros y Tánatos. Eros representa el impulso de la vida, el deseo de conservarse, crecer, crear vínculos y asegurar la continuidad de la existencia. Bajo este impulso se encuentran el amor, la sexualidad y todas las fuerzas orientadas hacia la afirmación de la vida.

Frente a Eros aparece Tánatos, el impulso de muerte. No debe entenderse únicamente como deseo consciente de morir, sino como una tendencia profunda hacia la destrucción, la agresividad y el retorno al estado inorgánico. Según Freud, ambas fuerzas conviven constantemente dentro del hombre y explican gran parte de sus contradicciones interiores.

La vida humana se desarrolla precisamente dentro de esa tensión continua entre el impulso creador y el impulso destructivo. Amor y agresividad, construcción y destrucción, convivencia y conflicto forman parte inseparable de la condición humana. Ninguna de estas tendencias desaparece completamente; ambas permanecen activas durante toda la existencia.

Especial importancia concede Freud a la sexualidad. Frente a la opinión tradicional, sostiene que la sexualidad no constituye un aspecto secundario de la vida ni aparece únicamente durante la adolescencia. Forma parte de la personalidad desde el nacimiento hasta la muerte. Todo el ser humano es sexuado. La sexualidad no se reduce a una función biológica localizada en determinadas partes del cuerpo, sino que impregna toda la existencia personal.

Desde la infancia aparecen ya manifestaciones de esta energía sexual, que irá transformándose progresivamente conforme la persona madura. La sexualidad constituye una de las fuerzas fundamentales que configuran la personalidad y explica buena parte de los conflictos interiores que experimenta el hombre.

En este contexto introduce el conocido complejo de Edipo. Inspirándose en el mito griego de Edipo, Freud sostiene que durante el desarrollo infantil aparece una relación afectiva especialmente intensa con el progenitor del sexo opuesto y una rivalidad inconsciente hacia el progenitor del mismo sexo. Este conflicto constituye una etapa normal del desarrollo psicológico y su adecuada superación resulta decisiva para la maduración de la personalidad.

El complejo de Edipo no debe entenderse literalmente, sino como una representación simbólica del proceso mediante el cual el niño aprende a aceptar límites, interiorizar la autoridad y construir progresivamente su propia identidad. La resolución de este conflicto favorece la integración social y el desarrollo equilibrado de la personalidad.

Freud extiende esta explicación al origen mismo de la sociedad. Según su conocida hipótesis sobre la horda primitiva, los primeros grupos humanos habrían estado dominados por un padre poderoso que monopolizaba el acceso a las mujeres y ejercía una autoridad absoluta. Los hijos terminaron rebelándose, matándolo y apropiándose de aquello que antes pertenecía exclusivamente al padre.

Sin embargo, una vez desaparecida esa figura de autoridad descubrieron que tampoco ellos podían convivir pacíficamente si cada uno intentaba ocupar su lugar. El sentimiento de culpa y la necesidad de evitar nuevos conflictos dieron origen a las primeras normas morales, a las prohibiciones y a la organización social. De esta manera la cultura surgiría como consecuencia del control de los impulsos individuales.

Dentro de esta interpretación sitúa también el origen de la religión. Freud entiende la religión como una proyección psicológica nacida de las necesidades más profundas del hombre. Del

mismo modo que el niño busca protección en la figura paterna, la humanidad proyectaría sobre Dios el deseo de seguridad, protección y sentido frente a la fragilidad de la existencia.

Por ello define la religión como una neurosis obsesiva colectiva. No pretende insultar la experiencia religiosa, sino explicar psicológicamente su origen. A su juicio, la religión responde a necesidades profundamente humanas, aunque considera que esas necesidades podrían comprenderse sin recurrir necesariamente a la existencia real de Dios. Paradójicamente, el propio Freud reconoce que la religión constituye una realidad tan profundamente arraigada en el hombre que resulta prácticamente imposible eliminarla completamente de la historia humana.

Toda esta concepción ofrece una nueva manera de entender al ser humano. El hombre deja de aparecer como un ser completamente racional y dueño absoluto de sí mismo. Descubre que bajo la superficie de la conciencia actúan fuerzas mucho más antiguas, profundas y complejas que condicionan gran parte de su existencia.

Aunque muchas de las teorías concretas de Freud hayan sido posteriormente discutidas o corregidas, su gran aportación permanece vigente. Enseñó que la personalidad posee una profundidad mucho mayor de la que el propio individuo percibe y que el conocimiento auténtico del hombre exige descender hasta esas regiones ocultas donde se forman muchos de los deseos, conflictos y motivaciones que orientan la vida. Gracias a esta nueva perspectiva, la psicología, la antropología y la filosofía aprendieron a mirar al ser humano no sólo desde la claridad de la conciencia, sino también desde el misterioso subsuelo del que brota gran parte de su existencia.

## El hombre útil y la escuela inglesa

La escuela inglesa representa una de las corrientes filosóficas que más ha influido en la mentalidad contemporánea. Frente al idealismo alemán o al existencialismo francés, los pensadores ingleses centran toda su atención en la experiencia, la utilidad y los resultados prácticos. No pretenden construir grandes sistemas metafísicos ni responder a las preguntas últimas sobre el ser, sino comprender cómo actúa realmente el hombre y cuáles son los principios que orientan su conducta. De esta manera nace el utilitarismo, una forma de entender al ser humano que ha terminado impregnando buena parte de la cultura occidental, especialmente en ámbitos como la economía, la política, la técnica y la organización social. Más que preguntarse qué es el hombre, estos autores se preguntan cómo actúa y qué persigue cuando toma decisiones.

Antes de estudiar a John Stuart Mill conviene recordar algunos de los autores que prepararon este movimiento. Entre ellos destaca Thomas Robert Malthus, conocido por su teoría sobre el crecimiento de la población. Según Malthus, la población aumenta mucho más rápidamente que la producción de alimentos. Mientras el número de habitantes crece de forma geométrica, los recursos alimenticios sólo lo hacen de manera aritmética. Si esta tendencia continúa, llegará inevitablemente un momento en que la humanidad no podrá alimentar a toda su población.

Lo verdaderamente significativo de esta teoría no es tanto el diagnóstico como la solución propuesta. En lugar de plantear un aumento de la producción agrícola, Malthus considera que debe limitarse el crecimiento demográfico. La solución consiste en controlar el número de nacimientos para adaptarlo a la capacidad productiva de la sociedad. Se trata de una respuesta profundamente pragmática: en lugar de preguntarse por el valor absoluto de la vida humana, se busca la solución más eficaz desde el punto de vista práctico.

Otro autor fundamental es Jeremy Bentham, auténtico fundador del utilitarismo. Bentham parte de una observación extremadamente sencilla: toda la naturaleza humana parece gobernada por dos grandes fuerzas, el placer y el dolor. Todo hombre busca espontáneamente aquello que le proporciona placer y evita aquello que le produce sufrimiento. Según él, este hecho no constituye únicamente una descripción psicológica, sino también el fundamento de toda la moral.

De este modo, una acción es buena cuando aumenta el placer y reduce el dolor, mientras que una acción es mala cuando produce sufrimiento innecesario o impide alcanzar la felicidad. La

moral deja así de apoyarse en principios abstractos, mandamientos religiosos o ideales filosóficos para basarse exclusivamente en sus consecuencias prácticas sobre la felicidad humana.

Bentham llega incluso a afirmar que todas las personas, aunque no sean conscientes de ello, actúan siempre buscando algún tipo de placer. Incluso cuando alguien acepta un sacrificio o soporta un sufrimiento, lo hace porque espera alcanzar un bien mayor o evitar un mal todavía más grave. En consecuencia, nadie busca el dolor por el dolor mismo. Siempre existe detrás alguna forma de satisfacción que justifica ese esfuerzo.

Desde esta perspectiva critica duramente las filosofías y religiones que presentan el sufrimiento como un valor positivo. Considera que toda doctrina que enseñe a buscar el dolor o a renunciar voluntariamente al placer resulta contraria a la naturaleza humana. El ascetismo, entendido como la renuncia deliberada a los placeres legítimos, aparece así como una actitud profundamente antinatural.

Esta afirmación resulta especialmente provocadora porque pone en cuestión buena parte de la tradición filosófica y religiosa occidental. Bentham menciona expresamente a pensadores como Sócrates, Platón, Aristóteles o los estoicos, así como a la tradición cristiana, acusándolos de haber enseñado durante siglos una moral basada en la renuncia al placer. A su juicio, el hombre no ha sido creado para sufrir, sino para ser feliz.

Sin embargo, esta teoría no debe interpretarse de forma simplista. Cuando Bentham habla de placer no se refiere únicamente al placer físico o sensual. Utiliza el término en un sentido mucho más amplio. Todo aquello que produce satisfacción, bienestar o realización puede considerarse placer. Del mismo modo, el dolor incluye cualquier forma de frustración, sufrimiento o insatisfacción.

John Stuart Mill acepta el principio general de Bentham, pero introduce una importante corrección. No todos los placeres poseen el mismo valor. Existen placeres superiores y placeres inferiores. La verdadera felicidad no consiste en acumular el mayor número posible de placeres, sino en alcanzar aquellos que poseen una calidad más elevada.

Para distinguir unos de otros propone un criterio muy concreto: sólo puede juzgar correctamente quien ha experimentado ambos tipos de placer. Quien conoce tanto los placeres materiales como los intelectuales suele preferir estos últimos, aunque exijan mayores esfuerzos. Los placeres del espíritu, como el conocimiento, el arte, la amistad o la reflexión, proporcionan una satisfacción mucho más profunda y duradera que los placeres puramente sensibles.

De ahí nace una de sus afirmaciones más conocidas: es preferible ser un hombre insatisfecho que un cerdo satisfecho. Con esta frase pretende mostrar que la dignidad humana exige aspirar a bienes más elevados que la simple satisfacción inmediata de los instintos.

La felicidad continúa siendo el objetivo último de toda conducta humana, pero ahora se entiende como una felicidad cualitativamente superior. No basta con disfrutar mucho; es necesario disfrutar de aquello que realmente perfecciona al hombre. La utilidad ya no consiste únicamente en producir placer inmediato, sino en favorecer el desarrollo integral de la persona.

Toda esta concepción se apoya en una determinada manera de entender el conocimiento humano: el empirismo. Los filósofos ingleses sostienen que todo conocimiento comienza necesariamente por la experiencia. Nada puede aceptarse como verdadero si no ha pasado previamente por la comprobación de los hechos.

Para explicar este proceso Stuart Mill analiza el funcionamiento de la lógica. Todo conocimiento comienza con la observación de hechos concretos. El hombre contempla repetidamente un mismo fenómeno y descubre que siempre se produce de la misma manera. A partir de estas observaciones particulares realiza una inducción, es decir, formula una ley general.

Si una piedra cae siempre que se deja caer, el hombre termina concluyendo que todos los cuerpos abandonados en el aire caerán hacia el suelo. Esa afirmación general no nace de una intuición, sino de la acumulación de innumerables experiencias semejantes.

Una vez formulada la ley general comienza el movimiento contrario: la deducción. Desde ese principio universal pueden explicarse nuevos casos particulares. Si se suelta una piedra que nunca antes había sido lanzada, ya se sabe que caerá, no porque se haya observado previamente esa piedra concreta, sino porque se aplica la ley general obtenida mediante la experiencia.

El conocimiento científico funciona precisamente de esta manera. La experiencia proporciona los datos; la inducción construye principios generales; la deducción permite aplicarlos a nuevas situaciones. Todo saber científico se apoya finalmente sobre esta relación continua entre experiencia, generalización y aplicación práctica.

Esta concepción tiene importantes consecuencias antropológicas. El hombre madura precisamente porque acumula experiencias. Cada experiencia personal pasa a formar parte de su conocimiento y modifica su manera de actuar. Una persona sin experiencias importantes

permanece inmadura porque todavía no ha podido construir un conocimiento sólido sobre la realidad.

Por eso la educación no puede consistir únicamente en transmitir teorías. Cada individuo necesita vivir determinadas experiencias para alcanzar una verdadera madurez. Existen aprendizajes que nadie puede realizar en lugar de otra persona. Sólo quien atraviesa ciertas situaciones llega realmente a comprenderlas.

La experiencia constituye así el fundamento del crecimiento humano. Una sociedad que olvida las experiencias del pasado corre el riesgo de repetir continuamente los mismos errores. Del mismo modo, una persona que nunca aprende de lo vivido permanece intelectualmente estancada.

Sobre esta base se desarrolla el hedonismo. El término procede de la palabra griega \*hedoné\*, que significa placer. El hedonismo sostiene que el placer constituye el criterio fundamental de la conducta humana. Todas las acciones buscan, de una forma u otra, aumentar la felicidad o disminuir el sufrimiento.

A primera vista esta afirmación puede parecer exagerada. Sin embargo, Stuart Mill insiste en que incluso los sacrificios más grandes esconden algún tipo de satisfacción. Quien acepta largas horas de estudio soporta ese esfuerzo porque espera la satisfacción futura de obtener una carrera. Quien cuida de un enfermo asume un sufrimiento presente porque encuentra en ello un sentido que le proporciona una satisfacción más profunda.

Incluso quienes entregan su vida por una causa consideran que esa entrega representa el mayor bien posible. En consecuencia, el hombre nunca actúa buscando el sufrimiento por sí mismo. Siempre existe algún tipo de bien que justifica ese sacrificio.

A partir de aquí aparece una cuestión mucho más compleja: la relación entre el placer y el poder. Si el hombre busca naturalmente la felicidad y además dispone de un gran poder, ¿tiene derecho a utilizar ese poder para conseguir todo el placer que pueda?

La pregunta posee una enorme actualidad. El desarrollo tecnológico, económico y político ofrece al hombre posibilidades inmensas de intervenir sobre la naturaleza y sobre la sociedad. Sin embargo, el hecho de poder realizar una acción no significa necesariamente que deba hacerse.

Aquí aparece la diferencia entre poder y deber. Existen muchas cosas técnicamente posibles que quizá no resultan moralmente aceptables. El progreso científico permite modificar la naturaleza,

transformar ecosistemas enteros o desarrollar tecnologías de enorme capacidad destructiva. Sin embargo, la posibilidad técnica no basta para justificar moralmente una acción.

Esta cuestión conduce directamente al concepto de utilidad. El utilitarismo sostiene que las acciones deben juzgarse por la utilidad que producen. Lo útil es aquello que favorece el bienestar humano. Lo inútil carece de valor porque no contribuye a mejorar la vida de las personas.

El criterio de utilidad termina extendiéndose a prácticamente todos los ámbitos de la existencia. Se aplica a la economía, a la política, a la educación, a la organización social e incluso a las relaciones personales. Todo comienza a valorarse según los beneficios que proporciona.

Esta mentalidad ha influido profundamente en la sociedad contemporánea. Con frecuencia se pregunta para qué sirve una determinada actividad antes incluso de preguntarse si es verdadera, justa o bella. Una carrera universitaria, una profesión, una amistad o una institución suelen evaluarse según la utilidad que producen.

En el ámbito económico esta visión resulta especialmente evidente. La riqueza se valora porque permite acceder a mayores posibilidades de bienestar. El dinero no constituye un fin en sí mismo, sino un instrumento para conseguir aquello que produce satisfacción. Desde este punto de vista, la economía aparece como una organización racional de los medios necesarios para aumentar el bienestar colectivo.

Sin embargo, el utilitarismo también presenta riesgos importantes. Si todo se juzga exclusivamente por su utilidad inmediata, existe el peligro de reducir al propio ser humano a un simple instrumento. Las personas dejan de ser valiosas por sí mismas y comienzan a valorarse únicamente por aquello que producen o aportan.

Esta lógica puede extenderse incluso a las diferentes etapas de la vida. El niño, el adulto y el anciano pueden llegar a contemplarse según su grado de utilidad social. Del mismo modo, las instituciones o las formas de gobierno pueden mantenerse mientras resulten eficaces y abandonarse cuando dejen de producir resultados satisfactorios.

La técnica ofrece un ejemplo muy claro de esta mentalidad. Los objetos se utilizan mientras funcionan correctamente y se sustituyen cuando dejan de ser útiles. El problema aparece cuando ese mismo criterio se traslada sin matices al ámbito de las relaciones humanas o de la propia dignidad de la persona.

Stuart Mill intenta evitar este peligro insistiendo en que la utilidad debe orientarse siempre hacia el desarrollo de los bienes superiores del hombre. La verdadera utilidad no consiste únicamente en producir comodidad o riqueza, sino en favorecer el crecimiento intelectual, moral y social de toda la humanidad.

Por ello reconoce incluso el valor histórico de la religión. Aunque critica algunos aspectos de las religiones tradicionales, admite que han desempeñado una función importante al promover la solidaridad, el sentido moral y el compromiso con el bien común. Llega incluso a proponer una especie de religión de la humanidad, basada no en dogmas sobrenaturales, sino en el amor al conjunto de la especie humana y en la búsqueda del bien común.

La escuela inglesa concluye así ofreciendo una imagen muy concreta del hombre. La experiencia constituye el origen del conocimiento; la felicidad representa el fin último de la existencia; la utilidad se convierte en el criterio para valorar las acciones; y el placer, entendido en un sentido amplio y cualitativo, aparece como el motor fundamental del comportamiento humano. Aunque esta visión resulte insuficiente para explicar toda la riqueza de la persona, ha influido decisivamente en la cultura contemporánea y sigue presente en buena parte de las decisiones económicas, políticas, sociales y técnicas que configuran el mundo actual.

## El hombre unidimensional

La reflexión antropológica de Herbert Marcuse constituye una de las críticas más profundas a la sociedad contemporánea. Su objetivo no es elaborar una teoría abstracta sobre el hombre, sino analizar cómo las sociedades industrializadas han transformado la propia condición humana. Marcuse observa que el enorme progreso técnico, económico y científico alcanzado por Occidente ha producido un resultado paradójico. Nunca el hombre había disfrutado de tantas posibilidades materiales, de tanto bienestar y de tanto poder sobre la naturaleza, y, sin embargo, nunca había corrido un riesgo tan grande de perder aquello que verdaderamente lo hace humano. Su crítica no se dirige contra el progreso en sí mismo, sino contra la reducción del hombre a una sola dimensión: la del consumo, la eficacia y la posesión.

Marcuse pertenece a una generación marcada por las dos guerras mundiales y por las grandes transformaciones sociales del siglo XX. Aunque no fue un pensador especialmente original, supo reunir y sintetizar muchas de las ideas desarrolladas por el existencialismo, el marxismo, el psicoanálisis y la fenomenología. Precisamente por esa capacidad de integrar corrientes distintas, su pensamiento ejerció una enorme influencia sobre las revueltas estudiantiles de 1968. Su obra *\*El hombre unidimensional\** se convirtió en uno de los libros más representativos de aquella generación que cuestionó el modelo de sociedad construido después de la Segunda Guerra Mundial.

El punto de partida de Marcuse consiste en distinguir dos dimensiones fundamentales de la existencia humana: el ser y el tener. El hombre puede desarrollar su vida orientándose hacia aquello que es o hacia aquello que posee. El problema aparece cuando el tener termina ocupando el lugar que corresponde al ser. En ese momento la persona comienza a identificarse exclusivamente con sus posesiones, su poder, su riqueza, su capacidad técnica o su éxito social. La identidad deja de construirse desde el interior y pasa a depender completamente de elementos externos.

Esta transformación caracteriza, según Marcuse, a la sociedad occidental moderna. Durante siglos Europa había buscado comprender al hombre desde su interior, reflexionando sobre su dignidad, su libertad y su sentido último. Sin embargo, el extraordinario desarrollo de la ciencia y de la técnica provocó un cambio de perspectiva. Poco a poco comenzó a valorarse más aquello que el hombre podía hacer que aquello que realmente era. La capacidad técnica pasó a convertirse en el principal criterio para medir el progreso humano.

Nunca antes el hombre había acumulado tantas posibilidades materiales. Puede desplazarse rápidamente por cualquier lugar del planeta, comunicarse instantáneamente con personas situadas a miles de kilómetros, modificar la naturaleza mediante la tecnología y disponer de recursos que generaciones anteriores ni siquiera podían imaginar. El planeta entero ha terminado convirtiéndose en una auténtica aldea global donde las distancias prácticamente han desaparecido.

Este inmenso progreso provoca admiración y entusiasmo. El hombre contempla sus propios logros técnicos con una mezcla de orgullo y fascinación. La confianza en el progreso parece ilimitada. Si el desarrollo científico ha permitido alcanzar todo lo conseguido hasta ahora, parece lógico pensar que bastará continuar por ese mismo camino para resolver cualquier problema futuro.

Sin embargo, precisamente aquí comienza la crítica de Marcuse. El progreso material resulta positivo mientras permanece al servicio del crecimiento humano. El problema aparece cuando el desarrollo técnico deja de ser un instrumento para convertirse en un fin. El hombre ya no utiliza la técnica para realizarse mejor como persona, sino que organiza toda su existencia alrededor del propio desarrollo técnico. Poco a poco el tener sustituye al ser.

La consecuencia es profundamente peligrosa. Un hombre que posee mucho pero es poco termina convirtiéndose en una amenaza para sí mismo y para los demás. Cuanto mayor sea el poder del que dispone una persona inmadura, mayores serán también los daños que podrá provocar. El progreso sólo resulta verdaderamente humano cuando crece al mismo ritmo que la madurez interior de quien lo utiliza.

Marcuse resume esta situación afirmando que el hombre moderno ha terminado convirtiéndose en un hombre unidimensional. La expresión no significa simplemente que posea una única cualidad, sino que ha perdido una de las dimensiones esenciales de la existencia. Toda su vida queda reducida al mundo de la producción, del consumo y de la eficacia, olvidando la dimensión más profunda de su propio ser.

Para comprender esta idea desarrolla una concepción muy sugerente del hombre. La existencia humana puede entenderse como un movimiento continuo entre el deseo y la realización. El hombre vive proyectando constantemente objetivos que todavía no posee. Primero imagina, después desea y finalmente intenta realizar aquello que había proyectado. Toda la vida consiste en ese movimiento permanente entre lo que aún no existe y aquello que finalmente llega a conseguirse.

Sin embargo, el deseo posee un valor especial. El hombre no vive únicamente gracias a lo que consigue, sino sobre todo gracias a aquello que todavía espera alcanzar. La capacidad de proyectar el futuro constituye una de las características más profundas de la condición humana. La imaginación, la esperanza y el deseo mantienen abierta la existencia y permiten que la persona continúe creciendo.

Muchas veces el hombre experimenta incluso una satisfacción mayor mientras prepara un proyecto que cuando finalmente lo realiza. La ilusión del viaje, la preparación de una meta o la construcción de un sueño proporcionan una intensidad vital que desaparece parcialmente cuando el objetivo ya ha sido alcanzado. Esto demuestra que la vida humana necesita conservar siempre un espacio abierto hacia el futuro.

Precisamente por eso Marcuse considera que el peligro de la sociedad de consumo consiste en eliminar progresivamente ese espacio. La técnica facilita tanto la satisfacción inmediata de los deseos que acaba destruyendo la capacidad misma de desear. El hombre obtiene con demasiada rapidez aquello que quiere y termina perdiendo el horizonte hacia el que orientar su existencia.

La situación se vuelve todavía más grave cuando la sociedad comienza a crear artificialmente nuevos deseos. Ya no se limita a satisfacer las necesidades existentes, sino que fabrica continuamente necesidades nuevas mediante la publicidad, el mercado y los medios de comunicación. El individuo termina deseando objetos que nunca habría imaginado si previamente no se los hubieran presentado.

La publicidad desempeña aquí un papel decisivo. Su objetivo no consiste únicamente en informar sobre productos ya existentes, sino en despertar deseos completamente nuevos. El mercado deja de responder a las necesidades del hombre para empezar a construirlas desde fuera. El individuo cree elegir libremente cuando en realidad muchos de sus deseos han sido previamente diseñados por la propia sociedad de consumo.

Como consecuencia, el deseo deja de surgir espontáneamente desde el interior de la persona y pasa a depender de estímulos externos. La imaginación pierde fuerza porque el mercado ya ofrece continuamente nuevos objetos de consumo antes incluso de que el hombre haya tenido ocasión de desearlos.

La educación tampoco escapa a este fenómeno. Desde la infancia los niños crecen rodeados de objetos, estímulos y posibilidades que satisfacen inmediatamente cualquier expectativa. Cada

deseo encuentra rápidamente una respuesta material. Incluso con frecuencia reciben mucho más de lo que habían pedido inicialmente.

Esto genera un efecto inesperado: el aburrimiento. Cuando una persona obtiene con facilidad todo aquello que desea termina perdiendo la capacidad de valorar lo que posee. La abundancia constante reduce progresivamente el interés por las propias cosas. El hombre se acostumbra tan rápidamente a sus logros que deja de encontrar satisfacción en ellos.

Por eso las sociedades más desarrolladas económicamente no son necesariamente las más felices. La acumulación continua de bienes materiales no garantiza una vida más plena. Al contrario, puede generar una profunda sensación de vacío precisamente porque desaparece el espacio necesario para seguir deseando.

Marcuse observa que la sociedad de consumo produce hombres saturados. Todo parece estar ya disponible de manera inmediata. Apenas queda lugar para la espera, la paciencia o la construcción lenta de un proyecto. Sin embargo, el hombre continúa necesitando abrir nuevos horizontes porque esa capacidad forma parte de su propia naturaleza.

Cuando la sociedad ya no deja espacio para el deseo auténtico, el hombre busca nuevas formas de escapar de esa saturación. Según Marcuse, muchas conductas características de la juventud contemporánea pueden entenderse precisamente desde esta necesidad de recuperar experiencias que todavía no hayan sido absorbidas por el consumo. El alcohol, la droga o determinadas formas de sexualidad aparecen muchas veces como intentos desesperados de romper la monotonía de una existencia excesivamente satisfecha desde el punto de vista material.

No se trata de justificar estas conductas, sino de comprender el vacío que muchas veces las provoca. El hombre necesita seguir descubriendo espacios donde experimentar riesgo, libertad y novedad. Cuando la sociedad organiza completamente la vida y elimina cualquier aventura auténtica, aparecen formas desordenadas de buscar emociones capaces de devolver intensidad a la existencia.

Marcuse contempla con especial preocupación el papel de la escuela y de la universidad. Considera que ambas instituciones terminan reproduciendo los mismos valores de la sociedad de consumo. En lugar de formar personas verdaderamente libres, preparan individuos perfectamente adaptados al sistema económico y social existente. La educación deja así de estimular el pensamiento crítico para convertirse en un mecanismo de integración dentro del propio sistema.

Desde esta perspectiva, el futuro parece especialmente difícil. Las nuevas generaciones, llamadas a transformar la sociedad, reciben precisamente una educación orientada a perpetuar el mismo modelo de consumo. Quienes deberían impulsar el cambio terminan aprendiendo los mismos criterios de éxito, bienestar y realización que caracterizan a la generación anterior.

A pesar del tono pesimista de este diagnóstico, la crítica de Marcuse no pretende destruir la sociedad moderna, sino recordar que el progreso técnico sólo posee verdadero sentido cuando permanece subordinado al crecimiento integral del hombre. La técnica no debe dominar a la persona; debe servirla.

Estas reflexiones encuentran una respuesta especialmente rica en el personalismo desarrollado por Jacques Maritain y Emmanuel Mounier. Ambos comparten la crítica al reduccionismo materialista, pero ofrecen una visión mucho más esperanzadora de la condición humana.

El punto de partida del personalismo consiste en distinguir cuidadosamente entre individuo y persona. Todo ser humano es individuo porque constituye una realidad única e irrepetible que necesita conservar su propia existencia. Como individuo depende continuamente del mundo exterior para sobrevivir. Necesita alimentarse, respirar, aprender y recibir ayuda de los demás. Todo ello manifiesta una cierta dependencia que acompaña inevitablemente a la condición humana.

Sin embargo, el hombre no queda reducido a esa dimensión individual. Existe una realidad mucho más profunda: la persona. Mientras el individuo tiende naturalmente a recibir para conservarse, la persona alcanza su plenitud precisamente cuando comienza a darse.

La diferencia resulta decisiva. El individuo pregunta constantemente qué puede obtener del mundo. La persona, por el contrario, comienza preguntándose qué puede ofrecer a los demás. La verdadera madurez humana aparece cuando la existencia deja de organizarse alrededor de la propia conservación y empieza a orientarse hacia el servicio.

Esto significa que la persona crece precisamente cuando comparte aquello que posee. No sólo entrega bienes materiales, sino también inteligencia, afecto, tiempo, conocimientos, comprensión y amor. Todo aquello que constituye la riqueza interior del hombre alcanza su pleno desarrollo únicamente cuando es ofrecido a los demás.

Paradójicamente, cuanto más da una persona, más crece. Mientras el individuo parece enriquecerse acumulando, la persona se enriquece entregándose. La lógica del ser resulta

completamente distinta de la lógica del tener. El egoísmo termina empobreciendo, mientras que la entrega genera una riqueza interior cada vez mayor.

Por ello el personalismo afirma que el amor constituye la forma más alta de realización humana. Amar no significa simplemente experimentar un sentimiento agradable, sino salir continuamente de uno mismo para buscar el bien del otro. La existencia encuentra así un sentido completamente distinto al propuesto por la sociedad de consumo.

La persona deja entonces de vivir encerrada en sus propios intereses y comienza a construir comunidad. Toda auténtica personalidad posee necesariamente una dimensión social porque nadie puede realizarse completamente aislado de los demás. El hombre sólo llega a ser plenamente él mismo cuando aprende a convivir, compartir y servir.

Esta concepción conduce a una idea especialmente importante: la aventura. Según Mounier, la condición normal del hombre no consiste en instalarse cómodamente dentro de seguridades materiales, sino en aceptar el riesgo permanente que supone vivir entregándose a los demás.

La sociedad de consumo intenta garantizar continuamente nuevas seguridades: seguridad económica, laboral, sanitaria, financiera o material. Sin embargo, ninguna de ellas consigue eliminar la inseguridad más profunda del hombre. Sólo quien construye sólidamente su propio ser puede vivir sin depender completamente de todas esas garantías exteriores.

La verdadera seguridad nace de aquello que el hombre es, no de aquello que posee. Cuando toda la identidad depende únicamente del dinero, del prestigio o del poder, cualquier pérdida material amenaza también la propia personalidad. En cambio, quien ha construido una riqueza interior puede afrontar las dificultades sin perder aquello que realmente constituye su identidad.

El personalismo concluye así que la grandeza del hombre consiste precisamente en convertirse en persona. El individuo necesita recibir para vivir; la persona aprende a vivir dando. El individuo acumula; la persona comparte. El individuo busca protegerse; la persona acepta el riesgo del amor y de la entrega.

La crítica de Marcuse y la propuesta de Maritain y Mounier terminan convergiendo en una misma conclusión. El progreso material sólo resulta verdaderamente humano cuando permanece subordinado al crecimiento del ser. El tener constituye un instrumento necesario, pero nunca puede convertirse en el objetivo último de la existencia. El hombre alcanza su plenitud no cuando acumula más bienes, sino cuando desarrolla plenamente su capacidad de amar, de entregarse y de construir una vida cuyo centro ya no sea el consumo, sino la persona.

## El hombre y el miedo a la libertad

La antropología de Erich Fromm gira en torno a una de las paradojas más profundas de la condición humana: el hombre nace para ser libre, pero al mismo tiempo siente un miedo constante ante esa libertad. La libertad representa la meta más alta de la existencia humana y, sin embargo, también constituye una de las experiencias que mayor inseguridad produce. Según Fromm, gran parte de los comportamientos individuales, sociales, políticos e incluso religiosos sólo pueden comprenderse si se parte de esta tensión permanente entre el deseo de ser libre y la tentación de renunciar a la propia libertad para sentirse protegido. El hombre busca continuamente realizarse como persona, pero muchas veces prefiere la seguridad antes que asumir el riesgo que implica vivir auténticamente libre.

Fromm desarrolla esta reflexión desde su experiencia como psiquiatra y psicoanalista. Discípulo de Freud, comparte con él el interés por explorar las profundidades de la personalidad humana, aunque se distancia de algunas de sus interpretaciones. Mientras Freud había insistido sobre todo en los impulsos inconscientes, Fromm dirige su atención hacia la fragilidad del hombre y hacia las consecuencias psicológicas que produce la libertad. Su obra pretende explicar por qué personas y sociedades enteras renuncian con tanta facilidad a aquello que aparentemente más desean.

El punto de partida consiste en reconocer que el hombre es un ser extraordinariamente frágil. Cuanto más profundamente se analiza la condición humana, más evidente resulta esa fragilidad. El hombre no posee la seguridad espontánea de los animales ni la estabilidad de las cosas materiales. Vive constantemente expuesto al error, al fracaso y a la incertidumbre. Precisamente porque es libre, nunca puede apoyarse completamente sobre certezas absolutas.

Esta fragilidad exige una actitud muy concreta hacia las personas. Quien pretende imponerse mediante la fuerza, la violencia o la autoridad termina provocando un efecto contrario al que busca. El hombre atacado se cierra inmediatamente sobre sí mismo, igual que un erizo o una tortuga se protegen mediante su caparazón. Sólo la cercanía respetuosa, la comprensión y el tacto permiten acceder verdaderamente al interior de otra persona.

Paradójicamente, quienes más aparentan fortaleza suelen ser precisamente los más débiles. La necesidad constante de imponerse, de dominar o de eliminar cualquier discrepancia revela una gran inseguridad interior. Por el contrario, las personas verdaderamente fuertes no necesitan

defenderse continuamente. Son capaces de aceptar críticas, dialogar con quienes piensan de otra manera y convivir con la diferencia porque no sienten amenazada su propia identidad.

Esta idea puede aplicarse también a las instituciones, a las ideologías e incluso a las religiones. Cuanto más necesita una organización imponer uniformidad absoluta y eliminar cualquier discrepancia, mayor suele ser su fragilidad interna. En cambio, aquello que posee una verdadera solidez puede permitirse convivir con la pluralidad sin sentir que por ello pierde su identidad.

La fragilidad humana comienza ya en el nacimiento. A diferencia de los animales, el hombre llega al mundo extraordinariamente indefenso. Mientras muchas especies nacen preparadas para sobrevivir por sí mismas al cabo de muy poco tiempo, el ser humano necesita durante años el cuidado continuo de otras personas. Esta aparente desventaja constituye, sin embargo, una de sus mayores riquezas.

Precisamente porque nace inacabado, el hombre puede ser educado. Durante los largos años de dependencia recibe toda la experiencia acumulada por las generaciones anteriores. Aquello que los animales incorporan lentamente mediante la evolución biológica, el hombre lo adquiere gracias a la educación, la cultura y el lenguaje. La enorme debilidad inicial queda compensada por la extraordinaria capacidad de aprendizaje.

Esto significa que cada persona es heredera de todo el pasado de la humanidad. Ningún individuo comienza desde cero. El lenguaje que habla, los conocimientos que posee, las costumbres que practica y la cultura en la que vive proceden de generaciones anteriores. Cuanto mayor es esa herencia recibida, mayores serán también las posibilidades de construir un futuro nuevo.

El hombre vive precisamente entre el pasado y el futuro. Recibe continuamente la riqueza de quienes le precedieron y, al mismo tiempo, proyecta nuevas posibilidades que todavía no existen. Toda la existencia consiste en esa tensión permanente entre lo heredado y lo que aún está por construir.

Para explicar esta situación Fromm utiliza la imagen del nacimiento. El seno materno representa el primer lugar de seguridad absoluta. Allí el niño recibe todo cuanto necesita sin esfuerzo alguno. Vive protegido, alimentado y completamente amparado por su madre. El seno materno simboliza así la situación originaria de seguridad total.

Sin embargo, llega un momento en que el niño debe abandonar ese espacio protegido. El nacimiento constituye la primera gran ruptura de la existencia. El hombre sale de un lugar donde

todo estaba garantizado para entrar en un mundo lleno de incertidumbres, riesgos y dificultades. La libertad comienza precisamente con esa separación.

Durante un tiempo permanece todavía unido a su madre mediante el cordón umbilical. Incluso después de romperse físicamente ese vínculo, continúa existiendo una unión mucho más profunda: la nostalgia del seno materno. El niño busca continuamente el refugio de la madre cuando experimenta miedo, inseguridad o sufrimiento. Esa tendencia no desaparece completamente con el paso de los años.

Según Fromm, toda la vida conserva de alguna manera esa nostalgia. Siempre permanece dentro del hombre el deseo de regresar al lugar donde todo estaba resuelto y donde la existencia no exigía asumir responsabilidades personales. La infancia aparece así como el símbolo permanente de la seguridad perdida.

Sin embargo, regresar al seno materno resulta imposible. El hombre sólo puede crecer alejándose progresivamente de esa situación inicial. Cuanto más avanza por el camino de la vida, mayor es también la distancia respecto a la seguridad originaria. Precisamente ese alejamiento hace posible el desarrollo de la libertad.

Ahora bien, la libertad tiene un precio. Cuanto más lejos se encuentra el hombre de la protección inicial, mayor es también su sensación de inseguridad. Descubre que debe tomar decisiones por sí mismo, asumir responsabilidades, afrontar riesgos y resolver problemas sin poder apoyarse continuamente en otros. La libertad nunca aparece separada de la incertidumbre.

Aquí nace el gran conflicto de la existencia. El hombre desea ser libre, pero al mismo tiempo teme profundamente las consecuencias de esa libertad. La independencia supone también soledad, responsabilidad y riesgo. Muchas personas descubren que vivir libremente resulta mucho más difícil de lo que habían imaginado.

La historia bíblica del pueblo de Israel expresa simbólicamente esta experiencia. Los israelitas abandonan Egipto, donde vivían esclavizados pero con ciertas seguridades materiales, para dirigirse hacia la tierra prometida atravesando el desierto. Entre la esclavitud y la libertad aparece siempre el desierto, es decir, el espacio de la incertidumbre, donde el hombre debe aprender a vivir confiando sin disponer todavía de seguridades definitivas.

Durante ese camino los israelitas sienten repetidamente la tentación de regresar a Egipto. Prefieren la seguridad de la esclavitud antes que la incertidumbre de la libertad. Esta actitud

representa exactamente el conflicto que Fromm descubre en toda existencia humana. Muchas veces el hombre renuncia voluntariamente a su libertad porque teme las responsabilidades que ésta implica.

Sin embargo, el regreso tampoco resuelve el problema. Volver al pasado significa renunciar al crecimiento personal. Igual que un niño no puede regresar al seno materno sin destruir su propia vida, tampoco el hombre puede instalarse definitivamente en las seguridades del pasado sin impedir su propio desarrollo.

Existe además otra forma más sutil de renunciar a la libertad. Cuando la persona ya ha avanzado mucho en la vida, puede dejar de mirar hacia atrás, pero construir nuevas formas de seguridad que sustituyan al antiguo refugio. Fromm representa esta situación mediante la imagen de la cabaña.

El hombre abandona el seno materno, pero más adelante levanta pequeñas cabañas donde sentirse nuevamente protegido. Estas cabañas pueden adoptar formas muy distintas. Algunas personas buscan seguridad absoluta en el dinero, otras en el poder, otras en una ideología política, otras en una profesión, otras en una institución o incluso en determinadas formas de entender la religión.

La cabaña proporciona tranquilidad, pero al mismo tiempo limita la libertad. Cuanto más se instala el hombre en esas seguridades, menos dispuesto se encuentra a seguir avanzando. El miedo al cambio termina sustituyendo al deseo de crecer.

Por ello Fromm sostiene que el hombre vende continuamente su libertad a cambio de pequeñas seguridades. Lo hace casi siempre sin darse cuenta. Cree que está protegiéndose cuando, en realidad, está renunciando precisamente a aquello que constituye su mayor riqueza.

La verdadera libertad exige permanecer siempre en camino. El hombre no puede instalarse definitivamente en ninguna situación, porque la existencia humana consiste precisamente en seguir creciendo. Cada vez que convierte una etapa provisional en residencia permanente comienza a perder vitalidad.

Esto no significa que el hombre deba vivir sin ningún apoyo. La cuestión no consiste en eliminar toda seguridad, sino en evitar que esas seguridades se conviertan en absolutos. Las instituciones, las ideas, las tradiciones y las creencias son necesarias mientras permanezcan abiertas al crecimiento y no impidan seguir caminando.

Desde esta perspectiva adquiere un significado especial la tradición. El pasado constituye una riqueza indispensable porque ofrece toda la experiencia acumulada por generaciones anteriores. Sin embargo, esa tradición no puede convertirse en un refugio inmóvil. Los muertos permanecen vivos precisamente cuando ayudan a construir el futuro, no cuando obligan a repetir continuamente el pasado.

El hombre necesita conservar toda la riqueza recibida, pero utilizándola como punto de partida para nuevas posibilidades. El pasado no debe convertirse en un lugar donde instalarse, sino en una fuente desde la que seguir avanzando.

Fromm aplica también esta reflexión al ámbito religioso. La religión puede convertirse en una experiencia profundamente liberadora cuando impulsa al hombre a confiar, crecer y abrirse continuamente al futuro. Sin embargo, también puede transformarse en una simple búsqueda de seguridades si reduce la fe a un conjunto de certezas destinadas únicamente a eliminar el miedo.

La experiencia religiosa auténtica no consiste en poseer todas las respuestas, sino en aceptar el riesgo de caminar confiando. Desde esta perspectiva, figuras como Abraham representan el paradigma del creyente. Dios le pide abandonar su tierra sin mostrarle de antemano el destino final. La fe aparece así como un acto de libertad mucho más que como una garantía de seguridad.

Lo mismo ocurre con la figura de Jesús. Su vida manifiesta continuamente la ausencia de seguridades materiales. La libertad constituye precisamente una de las notas esenciales de su existencia. La fe cristiana no elimina el riesgo de vivir, sino que invita a afrontarlo desde la confianza.

Por ello la religión puede convertirse fácilmente en una nueva cabaña cuando ofrece únicamente protección psicológica. Siempre existe la tentación de utilizar a Dios para evitar la incertidumbre de la vida, transformando la fe en un refugio donde desaparecer las preguntas y las dificultades. Fromm considera que esa actitud contradice la esencia misma de la libertad.

Sin embargo, tampoco resulta posible vivir en una inseguridad absoluta. El hombre necesita algunos apoyos para continuar caminando. La cuestión consiste en que esos apoyos sean provisionales y no sustituyan el movimiento permanente de la existencia. Igual que las tiendas de campaña utilizadas por el pueblo de Israel durante el desierto podían montarse y desmontarse continuamente, también las seguridades humanas deben permanecer abiertas al camino.

La vida aparece así como una tensión constante entre seguridad y libertad. Si el hombre busca únicamente seguridad termina perdiendo la libertad. Si pretende vivir sin ningún apoyo puede llegar a destruirse. La madurez consiste en mantener ese difícil equilibrio, utilizando las seguridades como ayuda para seguir avanzando, pero sin convertirlas nunca en la meta definitiva.

La antropología de Fromm concluye afirmando que el hombre sólo llega a ser plenamente él mismo cuando acepta el riesgo de la libertad. La inseguridad forma parte inseparable de la condición humana y no debe entenderse como un fracaso, sino como el espacio donde cada persona construye auténticamente su propia existencia. Precisamente porque el hombre es libre, nunca podrá instalarse definitivamente en ninguna seguridad absoluta. Su verdadera vocación consiste en permanecer siempre abierto al futuro, creciendo continuamente y resistiendo la permanente tentación de cambiar la libertad por la comodidad.



## El hombre peregrino incansable

Gabriel Marcel entiende al hombre como un ser esencialmente peregrino. Su obra más conocida lleva precisamente ese título, *\*Homo Viator\**, porque considera que el rasgo más profundo del ser humano no es permanecer, sino caminar. La vida nunca constituye una realidad cerrada o acabada; es un recorrido continuo en el que cada etapa conduce necesariamente a otra. Vivir significa avanzar, abandonar continuamente lo ya alcanzado para abrirse a una realidad siempre mayor. El hombre no está hecho para instalarse, sino para mantenerse en camino.

Esta idea nace de una experiencia profundamente personal. Cuando era niño, Marcel perdió a su madre y aquel acontecimiento marcó definitivamente su pensamiento. Ante la muerte preguntó qué significaba morir, pero las respuestas que recibió no lograron satisfacerle. Desde entonces se propuso dedicar toda su vida a comprender el sentido de la muerte y de la existencia humana. Aquella pregunta infantil se convirtió en el hilo conductor de toda su filosofía.

La muerte no constituye un tema secundario dentro de la reflexión sobre el hombre. Al contrario, pertenece al núcleo mismo de la existencia humana. Mientras los demás seres vivos simplemente desaparecen cuando termina su ciclo biológico, el hombre vive su propia muerte de una manera radicalmente distinta. No sólo muere, sino que sabe que va a morir y construye toda su vida bajo el horizonte de esa certeza. La muerte forma parte de su propia identidad.

Sin embargo, la sociedad contemporánea ha convertido la muerte en un asunto del que apenas quiere hablarse. Se procura esconderla, trasladarla fuera del ámbito familiar y mantenerla lo más alejada posible de la vida cotidiana. Los hospitales, los tanatorios y los cementerios parecen haber desplazado la muerte hacia lugares donde apenas interfiera en la normalidad de la existencia. Se evita mirarla de frente porque produce miedo, pero precisamente ese miedo revela una comprensión insuficiente de lo que significa ser hombre.

Recuperar una visión humana de la muerte supone recuperar también una visión más profunda de la vida. La muerte no constituye simplemente el final de la existencia, sino el momento en que toda una vida alcanza su culminación. Cada persona muere su propia muerte. Nadie puede sustituirla en ese instante, del mismo modo que nadie puede vivir la vida de otro. Cuanto más plenamente ha desarrollado una persona su propia identidad, más personal será también su muerte.

La muerte no iguala a todos de manera uniforme. Cada uno llega a ella llevando consigo la historia que ha construido. La muerte recoge todo lo que una persona ha sido, todas sus decisiones, sus relaciones y su modo de vivir. Por eso no puede comprenderse como un accidente biológico aislado del resto de la existencia. Es el acto más profundamente personal de toda la vida.

Esta comprensión conduce a una definición del hombre que Marcel considera fundamental: el hombre es un caminante. Ser hombre significa estar siempre en marcha. La vida no consiste en permanecer inmóvil, sino en avanzar continuamente hacia una plenitud que todavía no se posee. Cada etapa exige abandonar la anterior para hacer posible la siguiente.

Caminar implica despedirse constantemente de uno mismo. El niño debe dejar paso al adolescente; el adolescente al adulto; el adulto a la madurez. Cada momento de la existencia sólo puede alcanzarse renunciando al anterior. Quien se niega a cambiar, quien pretende permanecer siempre igual, deja de crecer. En realidad deja de vivir, porque vivir consiste precisamente en transformarse.

Cada etapa superada supone también una pequeña muerte. El hombre va dejando atrás continuamente aquello que fue para convertirse en aquello que todavía puede llegar a ser. La muerte no aparece únicamente al final de la vida. Acompaña todo el proceso de crecimiento. Morimos constantemente a formas anteriores de nosotros mismos para que puedan nacer otras nuevas.

Por eso la muerte definitiva no resulta completamente extraña a la vida. Toda la existencia ha sido un aprendizaje para ese momento. Quien ha sabido caminar durante toda su vida comprende que también la muerte forma parte del camino. No representa una ruptura absurda, sino la culminación natural de un proceso que siempre estuvo orientado hacia algo más grande.

La vida humana puede imaginarse como un recorrido que va de menos a más. Cada experiencia debería hacer al hombre más plenamente él mismo. No se trata simplemente de acumular años o conocimientos, sino de ir configurando poco a poco una personalidad única e irrepetible. Cada decisión va dibujando unos rasgos que ningún otro ser humano podrá repetir jamás.

Precisamente porque cada persona es irrepetible, también lo es su muerte. Nadie puede morir por otro ni experimentar desde fuera aquello que sucede en el interior de quien muere. Podemos acompañar a alguien hasta el último instante, pero el momento decisivo pertenece

únicamente a quien lo vive. La muerte sucede en la profundidad del ser, allí donde ninguna otra persona puede penetrar.

De ahí que toda reflexión sobre el hombre permanezca necesariamente abierta. El ser humano nunca puede encerrarse dentro de una definición completa. Siempre está haciéndose. Siempre queda algo por realizar. Mientras vive, permanece abierto al futuro. Sólo cuando la vida concluye puede contemplarse como una totalidad.

Esta condición itinerante explica también por qué Marcel desconfía de las filosofías que pretenden ofrecer definiciones cerradas del hombre. La realidad humana nunca cabe del todo en un sistema. Resulta más adecuada una filosofía que acompañe el movimiento de la existencia, que observe las situaciones concretas y permita descubrir cómo el hombre se va construyendo a través de ellas.

Otro aspecto esencial de su pensamiento es la distinción entre el ser y el tener. La sociedad moderna concede una enorme importancia a todo aquello que puede poseerse: riqueza, prestigio, poder o bienes materiales. Sin embargo, ninguna de esas posesiones constituye verdaderamente al hombre. Son únicamente medios. Lo importante no es lo que una persona tiene, sino aquello en lo que se convierte gracias a lo que tiene.

El verdadero problema consiste en transformar el tener en ser. Todo cuanto el hombre posee debería contribuir a hacerlo más plenamente humano. Cuando las posesiones sirven para crecer, amar, crear y entregarse a los demás, cumplen su auténtica función. Cuando se convierten en un fin en sí mismas, empobrecen a la persona.

Existe siempre el peligro de identificar la propia identidad con las posesiones. Entonces el hombre acaba creyendo que vale únicamente por aquello que tiene. Pero quien sólo posee bienes exteriores permanece interiormente vacío. Puede ser extraordinariamente rico y, sin embargo, haber desarrollado muy poco su propio ser.

La gran tarea de la vida consiste precisamente en convertir todo cuanto se posee en crecimiento interior. El trabajo, la inteligencia, el tiempo, las capacidades, los bienes materiales y las relaciones humanas deben transformarse en oportunidades para llegar a ser una persona más plena. Sólo aquello que se convierte en ser acompaña verdaderamente al hombre.

La esperanza ocupa entonces un lugar central en la existencia. No se trata de una espera pasiva ni del simple deseo de que sucedan cosas favorables. La esperanza nace precisamente cuando desaparecen las seguridades. Mientras el hombre confía exclusivamente en sus recursos,

todavía no necesita esperar. La verdadera esperanza aparece cuando todas las técnicas, los cálculos y las previsiones resultan insuficientes.

Por eso Marcel afirma que la esperanza pertenece especialmente a quien está desarmado. No depende de las posibilidades objetivas ni de las probabilidades de éxito. Es una actitud interior que permanece incluso cuando parece no existir ninguna razón para seguir esperando. Cuanto más radical es la dificultad, más profundamente puede manifestarse la esperanza.

La esperanza no calcula posibilidades. Se sostiene por sí misma. No necesita garantías para mantenerse viva. Permite atravesar las decepciones sin quedar destruida por ellas, porque no depende de los resultados inmediatos, sino de una confianza mucho más profunda en el sentido último de la existencia.

Esta esperanza acompaña al hombre hasta el final del camino. Cuando todas las demás seguridades desaparecen, todavía permanece la posibilidad de esperar. Incluso la muerte deja de presentarse como una derrota definitiva. Se convierte en el momento en que el hombre entrega todo cuanto ha ido construyendo durante su existencia y entra en una realidad que supera completamente sus posibilidades presentes.

La vida aparece así como una larga preparación para ese encuentro definitivo. Todo cuanto el hombre vive contribuye a modelar su propio ser. Cada paso, cada renuncia y cada esperanza forman parte del camino. El verdadero peregrino nunca deja de avanzar porque comprende que ninguna etapa constituye la meta final.

Por eso el hombre es verdaderamente *\*homo viator\**, un caminante incansable. Su vocación consiste en seguir creciendo hasta el último instante, dejando que todo cuanto posee se transforme poco a poco en aquello que realmente es. Cuando finalmente llega la muerte, el camino no termina en la nada, sino que se abre a la plenitud de todo aquello que la esperanza había anunciado silenciosamente durante toda la vida.